

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
~ VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS ~



Número 32

Ayuntamiento de Madrid



¡LEA V!

¡LE INTERESA!!

Atendiendo las indicaciones de gran número de nuestros suscriptores, ARMAS Y LETRAS entra en el tercer año de su vida con una honda e importante transformación.

La revista mensual que durante dos años ha visto aumentar constantemente el número de sus suscriptores, corresponde al favor del público transformándose en **gran revista quincenal ilustrada**, ARMAS Y LETRAS se publicará en lo sucesivo formando tomos de 60 páginas de gran tamaño que aparecerán los días 15 y 30 de cada mes.

A pesar de los crecidos gastos que supone esta reforma y del aumento considerable de texto y grabados, ARMAS Y LETRAS no alterará el precio de la suscripción y seguirá costando 3,75 pesetas el trimestre.

Nuestra empresa es de Patria y de Cultura. ¡Ayúdenos V!
Dos años de éxitos continuados pueden serle garantía de lo que haremos en lo futuro.



ARMAS Y LETRAS constituye el gran lazo de unión entre todos los elementos del Ejército y de la Armada.

ARMAS Y LETRAS le mantendrá a V. al corriente de todo lo nuevo, curioso, sensacional y útil, que relacionado con su profesión aparezca en el mundo de la Ciencia y del Arte.

ARMAS Y LETRAS publicará cuentos, crónicas, artículos y entretenimientos diversos que le harán la más deliciosa revista del hogar y de las familias.

ARMAS Y LETRAS forma con sus tomos la enciclopedia más completa e interesante del militar.

ARMAS Y LETRAS continuará con su «Sección de Consultas» que tanta aceptación ha tenido en los pasados años. Por ella el suscriptor de provincias tiene en Madrid un representante gratuito que le facilitará los informes que necesite de los organismos centrales.



Novedad, Atracción, Interés, Utilidad, Recreo

Son los distintivos de ARMAS Y LETRAS

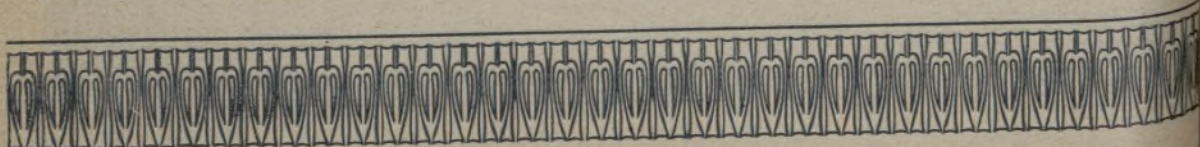


Por una curiosa combinación que ofrecemos a V., la suscripción de ARMAS Y LETRAS le resultará completamente gratis.

Nuestros actuales suscriptores no tienen necesidad de enviarnos nuevamente su adhesión. Les rogamos que para facilitar nuestra nueva organización acepten el abono por trimestres de los cargos que hasta ahora se venían pagando mensualmente.

A los que no tengan cuenta con la Caja Central, giraremos contra ellos en el segundo mes de cada semestre, letras por el importe de la suscripción semestral.

Los que prefieran hacerlo, pueden remitir, avisándolo de antemano, el importe de su suscripción por giro postal.



INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 40 pesetas.

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un [descuento de 5 por 100.



EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

GORRAS Y EFFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.-TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.-TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pta.	Pta.
Capote paño 1.º.....	150	Uniforme kaki de estambre
Capota paño o estambre..	210	y gabardina con pantalón y calzón... 450
Pelliza de 1.º, rizo de id.	120	idem id. de drill, con id. 70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Volver pelliza con todos los avios y dorados... 70
Guertera de paño y estambre..	120	Idem guerrera con id. id. idem... 50
Pantalón Rey con franja seda.....	60	Poner cuello y vueltas con entrefajas y soutache... 17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,
la juventud renace en mí,
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.

NUESTRA PORTADA

PROEZA DE UN FOTÓGRAFO

Recientemente una casa cinematográfica alemana ha impresionado un «film» de gran emoción, que se titula «El aviador».

Los protagonistas han sido el piloto Thes Rockenfeller y el operador cinematográfico Willie Ruge.

El grabado de la portada de este número lo representa en una de sus más arriesgadas escenas: se le ve instalado en el ala del avión, sentado sobre unas tablas que forman una especie de banco, y entretenido en obtener unas fotografías.

En Alemania y en América se utiliza con frecuencia el avión con fines acrobáticos, apartándolo de su verdadera misión; y son

las empresas cinematográficas las que en su afán de obtener películas sensacionales han trazado esta peligrosa orientación.

Las estadísticas demuestran que el ochenta por ciento de los accidentes aéreos se deben a ligerezas y alardes innecesarios de los pilotos; y esto perjudica no poco al progreso de la aeronáutica, porque la repetición de accidentes retrae a muchos que utilizarían ya este medio de locomoción, si la prudencia, rigiendo el destino de las aeronaves, hubiese demostrado que en el transporte aéreo, realizado como aconseja el sentido común, existen menos peligros que en tierra o en el mar.

La aviación y el amor

EL NOVIO, LA NOVIA Y EL SUEGRO

En el siglo pasado los enamorados a quienes sus padres negaban la felicidad del himeneo, preparaban un coche y corrían en él por la carretera hasta alejarse del punto de su huida o los casaba el primer cura que encontraban a su paso, sin más formalidad que el cambio del «sí» sacramental.

En el siglo actual, hace algunos años, el automóvil sirvió para estas fugas amorosas. Hoy se realizan los raptos según los procedimientos novísimos.

He aquí un caso ocurrido en París:

Dos jóvenes de buena sociedad, ingleses ambos, se amaban con locura. Vivían felices, forjando magníficos proyectos para el porvenir. Pero el padre de la muchacha no encontraba de su gusto la unión de los enamorados. Al principio su oposición fué discreta; después fué brusca, enérgica.

Otros que no tuviesen la firmeza de propósitos de los dos jóvenes ingleses se hubieran suicidado. Pero éstos no querían otra cosa que vivir para amarse.

Sabían, además, que en Inglaterra hay medios para apresurar la ceremonia de la boda, y, ni cortos ni perezosos, se proveyeron de un aeroplano, y dos horas más tarde se encontraban en Piccadilly.

Avisado del rapto el padre de la muchacha, montó en un avión y partió por los aires en persecución de la pareja. Llegó a Londres el sábado último por la mañana y recorrió todas las oficinas en donde podían decirle si los fugitivos se habían casado ya. Pero no halló noticias satisfactorias ni ese día ni en los sucesivos.

Tal vez se hayan casado en otra

LEYENDA INMORTAL

DOS DE MAYO

Ante el ímpetu audaz de sus guerreros, la Francia ha visto el mundo sometido, y a tus pies, temerosos, han rendido los reyes el honor de sus aceros.

Ocultos sus designios traicioneros, hallar el suelo hispano han pretendido... pero ante ellos entonces ha surgido el pueblo sin rival de los chisperos.

Contra él se humillará su vano alarde; ¡no habrá cuartel el invasor cobarde, que España ha vuelto en sí de su desmayo, ha lanzado un rugido de leona, y ha hecho brillar en su triunfal corona la aureola inmortal del Dos de Mayo!

PILAR ZAMORA.

parte, porque la juventud, en achaques de amor, va siempre más de prisa que la vejez, aunque una y otra marchen en aeroplano.

Las ciencias adelantan...

Alimentos artificiales

En Londres se están realizando experimentos encaminados a utilizar la energía solar para la fabricación sintética de productos alimenticios.

Estas pruebas se basan en los descubrimientos hechos por el profesor de la Universidad de Liverpool, Mr. Baly, sobre los efectos de los rayos ultravioleta.

El aldeido fórmico es el secreto del proceso.

Bajo la influencia de aquellos rayos se combinan el ácido carbónico y el agua para formar la citada substancia, que luego se convierte en ciertos tipos de azúcar. Este proceso se conoce con el nombre de fotosíntesis.

En el laboratorio se ha analizado el proceso de la vida de las plantas para obtener los resultados que éstas producen.

La clorofila, la substancia colorante verde, capta la energía del sol, y con su auxilio se produce una acción química, por virtud de la que el agua y el ácido carbónico del aire se combinan y se produce el aldeido fórmico, del cual, por la germinación de la planta, sale la primera materia de almidón y azúcar.

Con el empleo de agua coloreada conteniendo ácido carbónico, los hombres de ciencia han captado la luz del sol completamente y fabricado aldeido fórmico sintético, tan perfecto como el de las mismas plantas vivas.

El proceso fundamental de esa vida ha sido imitado en el laboratorio.

Misterios de la imaginación

Las alucinaciones

Cuentan algunos historiadores que, habiendo ido en cierta ocasión el general Rapp a recibir órdenes de Napoleón, lo encontró contemplando el cielo con embobamiento tal, que para llamarle la atención tuvo el general que hacer ruido con las sillas. Volvióse el emperador, y haciendo a Rapp acercarse a la ventana le preguntó: «¿No véis como brilla allá arriba?» Y como el general confesase que no veía nada, añadió: «Sí, miradla; es mi estrella, que me guía y me acompaña en todas las batallas.»

En los grandes artistas, la alucinación parece ser constante o muy frecuente, y en muchos casos llega a confundirse con lo que se ha dado en llamar inspiración.

Pocas alucinaciones se han conocido tan curiosas como la de Mr. Blake, pintor inglés que fué tomado por loco y encerrado en el manicomio de Bedlam. Este artista aseguraba que todos los días iban a visitarle varios personajes históricos para que les hiciese los retratos, y en efecto, él se sentaba ante el lienzo y empezaba a trabajar como si tuviera delante al personaje vivo, siendo lo más particular que sus pinturas ofrecían extraordinario parecido con los retratos que se conservan en palacios y museos, muchos de los cuales no había visto jamás el pintor. En esta serie de ilustres e imaginarios clientes figuraban muchos reyes de Inglaterra y de otros países, Confucio, Mahoma, Sócrates, Plinio; César, Nerón y todos los personajes bíblicos, desde los patriarcas hasta el rey Herodes. Un retrato que costó al pintor muchas sesiones fué el de Jod, que a pesar de su paciencia siempre hacía visitas de dos a cinco minutos nada más.

Una de las producciones musicales que más extraño efecto producen en quien por primera vez las oye, es la *Sonata del diablo*, del famoso violinista Tartini; al escucharla, diríase que aquellas notas son verdadera concepción de un espíritu diabólico. Su autor contaba formalmente que cuando la estaba componiendo, llegó un momento en que le faltó la inspiración de tal manera, que creyó tendría que dejarla sin terminar; entonces se le apareció Satanás en persona, y lo mismo que en los cuentos, le ofreció la propiedad de una extraordinaria pieza que acababa de componer a cambio del alma. Aceptó Tartini, y acto seguido, tomando el violín, se puso el diablo a ejecutar la magistral sonata, que el músico no tuvo más que ir traduciendo en notas. Hasta tal punto estaba el violinista euerto de la realidad de esta escena, que, antes que reconocer en ella una alucinación, prefirió atribuir al diablo la originalidad de la composición, jurando y perjurando que a él no le correspondía más mérito que el de haberla comprado a un buen precio.

Otro caso de alucinación voluntaria es el de un sujeto que pretendía poder entablar conversación con su propia imagen, haciéndola aparecer siempre que la tenía por conveniente. Empezó a proporcionarse esta alucinación como por juego, pero llegó un día en que no pudo apartar de su vista el fantasma de sí mismo, y tan persistente se hizo la visión, que para librarse de ella no tuvo más recurso que encerrarse en su habitación el día 31 de Diciembre y saltarse la tapa de los sesos al dar la última campanada de las doce.

PELIGROS EVITABLES

Sellos que propagan el tífus

Pocas personas se convencen de que, cada vez que humedecen con la lengua la parte engomada de un sello que ha estado expuesto al aire o ha pasado por las manos de otras personas, están expuestas a contraer peligrosísimas enfermedades. Sin embargo, un hombre de ciencia inglés acaba de hacer una serie de experimentos para demostrar que la mayor parte de las enfermedades se contraen por este camino. A este propósito compró unos cuantos sellos, e introdujo algunos en varios tubos de cultivo, que colocó en un incubador. El resto de los sellos, los colocó, con el lado engomado hacia arriba, durante cuatro horas, en una habitación con la ventana abierta, aprovechando para ello un día húmedo. Estos sellos los sometió luego al mismo procedimiento que los anteriores.

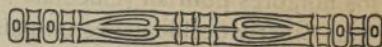
Ambas series de sellos, resultaron cargadas de gérmenes de diversas enfermedades, pero la previamente expuesta al aire húmedo tenía por lo menos cinco veces

más que la otra. La goma contenía estafilococos, o bacterias en forma de racimos de uvas, de especies que en determinadas circunstancias pueden producir un envenenamiento de la sangre. Juntamente con ellos había numerosos bacilos, en su mayor parte inofensivos, pero algunos de ellos muy peligrosos.

«Los estafilococos—ha dicho el experimentador en un articulo publicado en «Daily Mirror»,—flotan en el aire, suspendidos de las partículas de polvo; pero no se limitan a flotar; el polvo se deposita sobre un sello, y los organismos se depositan también allí, siendo para ellos la goma un medio hospitalario. En un sello que ha pasado por varias manos hay cinco veces tantos microbios como en uno que no se ha llegado a vender todavía. Los dedos añaden nuevos microorganismos a la goma, porque siempre tienen alguna humedad, por más que parezcan secos. El tífus y la escarlatina son las enfermedades que parecen más principalmente propagadas por los sellos. No deja de ser un consuelo que los gérmenes de otras enfermedades todavía peores sólo pueden cultivarse en un medio que contenga suero de

la sangre. El simple contacto no ofrece peligro ninguno.

«Tan peligrosos como los sellos, son los mojasellos, sucios y llenos de polvo, que se usan en muchas oficinas. Deben limpiarse con mucha frecuencia, y lo mejor sería tener una cajita de lata con un trozo de fieltro donde se mojasen los sellos, a cuyo efecto se empaparía el fieltro en agua con algunas gotas de glicerina para conservarlo húmedo, y además unas gotas de cualquier antiséptico, tal como el ácido carbólico.



PEROGRULLADA

El sargento, después de explicar durante media hora la Ordenanza militar, pregunta a uno de los quintos que parece escuchar muy atento:

—Vamos a ver, Pinilla, ¿cuándo debe enterrarse a un soldado con los honores militares?

Pinilla se rasca la cabeza y contesta:

—Pues hombre... pa enterrarlo con honores me parece a mí que tendrá que ser al día siguiente de haberse muerto.

ARTÍSTICAS TAPAS

para la encuadernación del segundo tomo de

ARMAS Y LETRAS

Precio: 3,50 pesetas

Se mandan por correo certificadas contra envío de 3,80 pesetas por Giro Postal.

A los señores suscriptores que así lo indiquen, se les pasará cargo del importe por la Caja central.

Cortar este Boletín y enviarse en sobre abierto con franqueo de dos céntimos.

D.
que vive en calle
de desea
adquirir las Tapas para encuadernar el segundo tomo de ARMAS Y LETRAS, a cuyo fin envía (1) por Giro Postal la cantidad de 3,80 pesetas.

(Firma)

(1) Si el cargo ha de pasarse por la Caja central, indíquese así



Riquezas siberianas



PESCA, CAZA Y PIELES

Sabido es que el estado lamentable en que se encuentra la región del Volga, en Rusia, obedece a la sequía persistente que ha impedido que la tierra dé frutos. Sin embargo, otros factores contribuyen a extender el hambre, venidos unos, del régimen político actual, y originarios otros del anterior.

Aunque no se llegue a los extremos de terrible malestar que azotan a ese desdichado país, preocupando al mundo entero, también en otras regiones del antiguo imperio se padecen grandes males que los hombres podrían remediar.

La Siberia occidental es un país que contiene riquezas latentes poco explotadas; que carece de productos manufacturados y que mejoraría mucho si hubiera medios de establecer un régimen comercial con el exterior, importándole lo necesario y exportando trigo, pieles, pescados y maderas, en lo que abunda bastante.

Dado el estado político de Rusia y el en que se halla el ferrocarril transiberiano, el comercio se trata de hacer por el mar glacial y los ríos Jenisey y Obi.

El pescado abunda tanto, que es la pesca en el Norte, donde la tierra es estéril, constituye la principal ocupación de la mayoría de los habitantes. A tal punto, que el Obi es llamado el *Bienchor*.

Se pesca todo el año; pero por dos diferentes procedimientos.

Durante el invierno, acontece un fenómeno singular en relación con la pesca.

El agua que queda debajo de la gruesa corteza de hielo que se forma en la superficie del río contiene una gran cantidad de materias orgánicas, que a principios de Enero entran en descomposición, obligando a los peces a huir de esas aguas malsanas en dirección a lugares de mayor profundidad y limpieza.

Los pescadores aprovechan esta huída en masa del pescado, atajando el río con «*guingas*», numerosos cestos en los que entran los fugitivos por el propio impulso de su carrera. Claro es que el número de cestos y de pescadores depende de la an-

chura de la corriente en el sitio en que es operada.

El mar glacial es el que surte a los ríos de Siberia de abundantes y ricos pescados. Estos en primavera remontan la corriente, alejándose aguas arriba para depositar sus huevos. En el estiaje, al descender el líquido, propenden a bajar a la mar libre, y también los pescadores saben aprovechar este movimiento, pescando en grandes cantidades.

La industria de salazón está muy extendida pero con procedimientos primitivos.

Dará idea de la importancia de esta riqueza, saber que en una sola provincia, en la de Tobolek, se pescó un año, ni bueno ni malo, en la cantidad de 1.131.852 ponos, unidad ponderal, equivalente a 16 kilogramos y 380 gramos, que dan cerca de 19 millones de kilos, siendo analoga la pesca en otras provincias o gobiernos.

La caza es también el medio de vida de muchas localidades siberianas, si bien pasaron los tiempos en que el casi único artículo de exportación en Rusia eran las pieles.

Hoy se venden muchas, pero los precios que llegan al cazador de la pieza no son en nada parecidos a los que el comercio de Europa vende al consumidor. Las pieles adquieren valor desde que están en manos del primer intermediario.

En el mismo gobierno antes citado se cazaron uno de los años pasados 40 osos blancos, 152 pardos, 595 zorras cruzadas, 3.845 blancas, 6 azules y 1.261 diversas.

Martas 19, glotones 112, lobos 406, lince 15, liebres 15.100, chinchillas 124.542 y renos salvajes 785.

En otras provincias también se obtiene considerable cantidad de pieles.

Los medios de cazar son muy diversos, según las condiciones de cada terreno y de la clase de piezas perseguidas.

Muchos animales hay en los bosques, pero como la moda continúe imponiendo las pieles y el lujo cegando a las mujeres no tardarán en agotarse, aunque acaso se agote la paciencia y el dinero de los compradores.



SECCIÓN DE CONSULTAS

Melilla.—A. V. R.—No puede solicitarse.

León.—J. S.—*Suboficiales.*—Reglamento 14 Diciembre 1912 (C. L. núm. 246) y Ley de 29 de Junio de 1918 (C. H. número 169) en 20 de Abril 1922 se remite nuevamente la instancia del interesado al Alto Comisario para que se formule propuesta como complementaria de otra.

Melilla.—M. G. L.—El 248, ignorándose cuando le corresponderá ingresar.

Jerona.—J. P.—Este caso debe ser consultado oficialmente a la autoridad respectiva, aportando los datos correspondientes.

Ronda.—D. H.—Hace el número 943 en el Registro general y se ha llamado hasta el 607.

Tetuán.—M. D. A.—Se ignora. No habrá Convocatoria.

Cartagena.—C. S. Y. No hay antecedentes en la Sección.

Coruña.—Y. T.—El núm. 176. Es el último anotado. Desaparecidos 12.

Melilla.—F. E.—Santiago Escaño hace el número 401 de la clasificación de cabos con méritos de campaña.

Pollensa.—H. S. G.—Hecho cambio. En 8 Noviembre 1921 participó la Comandancia de Baleares había contraído matrimonio, pero no se ha recibido su partido de casamiento.

Alcudia.—A. R.—Enviados nuestros pedidos. Hace el número 2. Pasó a Orense. Su anterior es Aureliano López Vega. Su posterior es Benito Higuero Tesoro.

Roda de Vichs.—F. S. M.—El primero, el 384 en la escala de hijos de veteranos y el segundo el 527 sin poder saberse cuando ingresarán.

Santander.—I. F. P.—Está en el Supremo y en breve lo remitirán a Guerra.

Santoña.—M. F.—Hace los números siguientes: Regimiento 50 el 23; Caja 28 el 30; Regimiento 17 el 6; Regimiento 6 el 5; Regimiento 56 el 6; Zona 11

el 7; Caja 29 el 6; Caja 30 el 7; Caja 31 el 9; Zona 12 el 3; Caja 32 el 3; Prisiones el 11.

El auxiliar puede ser destinado al Batallón Expedicionario, los otros dos cargos, no.

Melilla.—P. H.—Hace el número 2169. Entró su papeleta que se ha anulado por no llevar tres años en el Cuerpo a que fué voluntariamente.

Dar-Drius.—M. S.—No existen antecedentes.

Jerona.—L. T. D.—Tiene el número 14.

Puertollano.—C. G. P.—Las detenciones sólo pueden hacerse en la forma prevista en los artículos 4.º 5.º y 8.º de la Constitución.

Larache.—S. O.—Enviado números. Ha sido ya destinado al servicio de automóviles de Granada.

Melilla.—F. B.—La R. O. 10 Septiembre 1921 (D. O. núm. 202) concibe pluses al personal que cambie de guarnición temporalmente con motivo de la actual campaña de Africa.

Teffer.—D. S.—Hace el número uno y tiene vacante en el Regimiento que desea.

Melilla.—A. D. R.—Tiene petición para varios Cuerpos no pudiendo precisarse cuando será destinado.

Endarlaza.—J. C. G.—Queda dado de alta y en el próximo mes le pasaremos cargo del trimestre por la Caja del Cuerpo.

Xauen.—A. de la H.—Tiene papeleta, el número varía mensualmente. No puede precisarse.

Alcazarquivir.—J. N. P.—No aparece haya tenido entrada su papeleta.

Cartagena.—A. M.—Secciones de ordenanza el 15; Caja 1 el 11; y Caja 2 el 6.

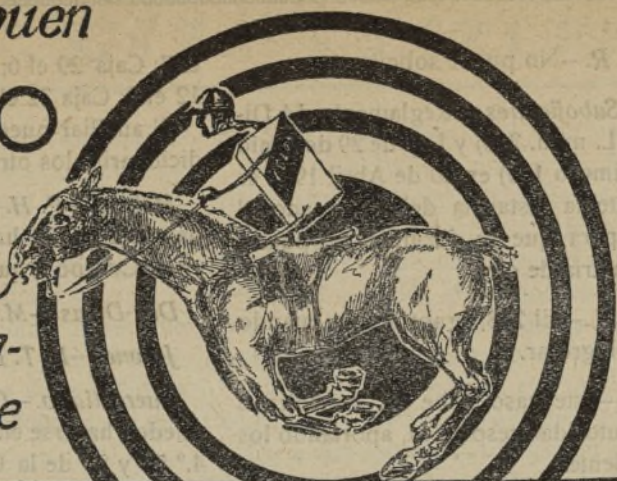
Melilla.—A. M.—Ha sido destinado al Regimiento 69 por corresponderle forzoso. No le sirve el tiempo servido en Africa de sargento por ser de la activa. El servido en el Batallón expedicionario, sí.

Toledo.—T. M.—Tiene el 618 en la escala de soldado para Guardia de Infantería. No se puede precisar cuando ingresará.

Lorca.—G. M. M.—Hasta la fecha no se hacen destinos forzosos a Africa de Sargento.

un buen jinete *hace un buen* **Caballo**

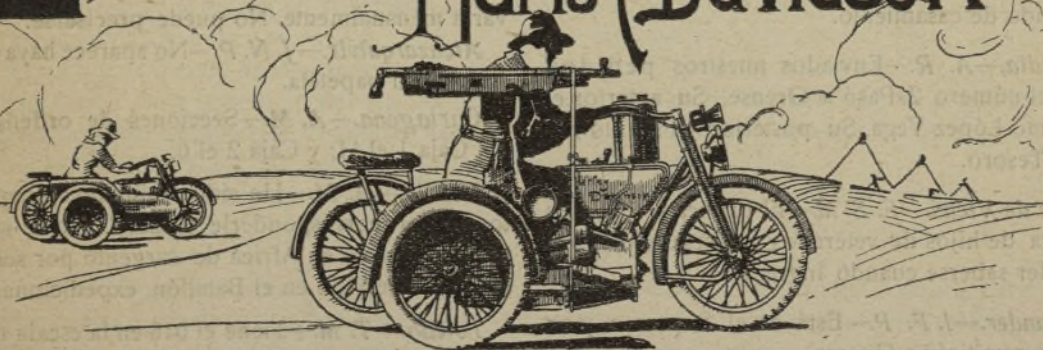
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



LA MOTOCICLETA MILITAR *es la* **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL -7- Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES · CIENTÍFICAS ·

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 32

30 ABRIL 1922

Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas;
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO:

Semestre... 12 00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Impresiones de Madrid.—La terraza.

Cuentos escogidos.—«El Nietecito», por L. Mariano de Larra.

Del tiempo viejo.—El primer buque de vapor.

Página de arte.—El Salvamento.

Por tierras de Africa.—Con rumbo a Melilla.

Industria moderna.—Fabricación de cristales.

De aeronáutica.—La catapulta lanza-aviones.

El Peñón de Vélez de la Gomera.

Cartas del Norte.—Un paseo por Laponia.

Ciencia naval.—Los diques flotantes.

Problema morrocotudo.—La escasez de viviendas.

Deportes.—La función crea el órgano.

De la temporada.—El primer sombrero de paja.

Del mundo animal.—El loro.

Novela.—El Lazarillo Español.

Cuentos, poesías, curiosidades, notas útiles, entretenimientos,
etcétera, etc.



Ya han empezado los más céntricos cafés a instalar en las aceras ese agradable estorbo de mesas y sillas que unos llaman pomposamente la «terrazza», y otros, irónicamente, «Bolsas del trabajo».

Ya no hay derecho a esas ironías, porque en punto a trabajo... allá nos vamos todos.

Si estorbar el paso a los transeúntes en las terrazas, es un pecado; en él llevan la penitencia los «terracistas».

Las consabidas siete plagas de Egipto son un número de bailes rusas, comparadas con las plagas que bullen en torno de los soporíferos «terracistas».

El terracista es un ser meramente contemplativo: compra por un par de reales el derecho a poner de relieve ante sus conciudadanos, que se aburre de un modo atroz: estira las piernas, enseña los calcetines, mira lánguidamente a los que cruzan y bosteza de un modo alarmante.

El camarero que tiene a su cargo el servicio de la terraza, nos recuerda, al mozo de esas casas de comidas económicas, que en verano, más que a servir a la clientela, se dedican a sacudir con el paño a las moscas que bullen en torno a los guisados expuestos en los escaparates.

Aquí los platos de guisados, la fuente de judías, el trozo de queso, son los terracistas, y las moscas son la florista, el limpiabotas, el tío de la guitarra, la niña de los décimos, la murga de los ciegos, el barítono con gafas, el de los perros...: todo un catálogo de pequeña industria, que tiene su acta de fundación en el patio de Monipodio.

Al cuarto de hora de estancia en el puesto, ya el «terracista» no tiene fuerzas para contestar; a los diez o doce primeros envites, dice con la boca que

«no»; después niega con la cabeza, y, por último completamente idiota, mira como hipnotizado a la plaga.

Pero las plagas no abandonan su presa; parece que alguien les abona un jornal porque amarguen la vida al terracista, que, en funciones de su cargo, es el ser más inofensivo de la creación.

Cada componente de la plaga opera a una altura: se aparcen el terreno en torno al velador, con tal arte, que no se estorban; antes al contrario, se complementan.

El limpiabotas, a rastras como un caracol, cargado con su caja de ingredientes, dispara hacia arriba la oferta: parece que sale de un sótano la betuminosa.

—¡Señorito, las botas... ! ¡Limpio botas!

La florista se acopla, zalamera, por la izquierda; clavándose como una flecha en el ojal de la solapa, no habla, sonríe... Espera un ratito, y se le dan unas monedas, hace un cumplido versallesco; si el terracista permanece impasible, dejándose engalanar como si no fuera con él la cosa, puede ocurrir que la florista le quite las flores, en un altanero gesto de severidad, o que se las deje y le abandone con orgullo de diosa ofendida, luego le mirará con lástima, con ironía, con desprecio, llegando a despertar la curiosidad de los demás terracistas, aparentando con sus risitas que los ha mezclado en la intriga; entonces no le queda al terracista más camino que hacer una que sea sonada, o pagar la consumación y llevar anclas.

El tío de los perros, alto, flaco, ofrece los canes con voz engolada, que parece que baja de una guardilla; no hay recuerdo de que un terracista haya ad-

quirido en ninguna ocasión un perro; sería curioso que el hombre de los perros nos revelase bajo juramento cuál es su verdadera misión; parece que se alimenta con perros todas las mañanas, y que al atardecer los vomita, para ofrecerlos nuevamente; tiene la mirada agria, rencorosa, como si presintiese que al día siguiente se los ha de volver a comer.

La niña de los décimos los coloca como un telón; otras los meten en los bolsillos del jugador por fuerza, o tapan con el papel la jarra de cerveza; los hay, que vocean los capicúas, y otros tan francos, que gritan:

—¡ Quién quiere perder tres pesetas... !

Los murguistas forman en fila y tocan, mientras una viejecita va y viene con el platillo de lata; los ciegos están atentos al platillo como a un director de orquesta; si suena a poco, se van apagando las voces o cortan por lo sano, desfilando silenciosos, para volver diez minutos después. El barítono con gafas es severo, digno, resignado, y deja la sensación, aunque cante como una rana, de que es un gran artista, un misterioso artista, a quien un accidente desgraciado le obligó a romper un contrato brillante que tenía en el Real.

Cuando la plaga se pone muy pesada, el mozo del café la sacude con el paño, porque presiente que los terracistas, en un raptó de locura, van a tirar los vasos por el aire y a empezar a tiro limpio para entrar en reacción.

Pero el terracista ya no sufre; el café se ha helado sobre el velador, la cerveza es un caldo; el terracista mira sin mirar, ni se estira, ni enseña los calcetines, ni bosteza: la plaga lo ha idiotizado.

Pasan dos horas, tres, cuatro; el terracista hace un esfuerzo soberano; se despegas de la silla, paga

y se va calle abajo, arrastrándose, muriéndose a chorros...



Hay quien se tonifica andando; algunos se mueren de verdad, y otros se idiotizan de tal modo, que ni se dan cuenta y siguen viviendo tan ricamente.

RAFAEL GIBERT.

DEL TIEMPO VIEJO LOS MÉDICOS DE HACE MIL AÑOS

Nada menos que mil doscientos años ha, se publicó en el Tibet un «Manual de Medicina» que, detenidamente estudiado por la Academia de San Petersburgo, resulta contener una porción de verdades descubiertas, o más bien vueltas a descubrir, por los médicos modernos. He aquí algo de lo que dice tan venerable libro:

«El corazón es el rey de los órganos y el sostén de la vida; los pulmones le abrazan como una madre abraza a su hijo. El hígado es el fogón del cuerpo humano. Las enfermedades son debidas a la malicia del hombre, a su ignorancia y a su falta de habilidad para dominar las pasiones, porque éstas cosas influyen en el sostenimiento de los órganos humanos. Todos los malos pensamientos influyen el corazón y en el hígado».

Por este libro se sabe que los tibetanos de hace

doce siglos, cuando reconocían a un enfermo, empleaban los mismos medios que hoy tenemos: mirar la lengua, tomar el pulso, hacer preguntas al paciente, etc. Las medicinas vegetales, los baños, las sangrías y masaje, gozaron de gran popularidad. La antisepsia estaba a la orden del día, y los médicos que no tenían sus instrumentos limpios eran condenados a pagar una multa. A las personas que gozaban de salud, se les aconsejaba en el libro conservarla evitando los excesos y procurando tener tan limpio el cuerpo como el alma.

No se permitía a los médicos hacerse pagar mucho. «Deben recibir—dice el libro—lo necesario para poder vivir bien, pero no traten de aprovechar indebidamente los beneficios que pueden procurar a la raza humana.»



Y va de cuento...

—Hijos míos,—decía a su hijo y a su nuera, recién casados, un pobre anciano,—he aquí cuanto poseo; tomadlo para que podáis atender mejor a vuestras obligaciones; yo ya no tengo fuerzas para trabajar, y ese dinero me es inútil. No tengo necesidades, y para los pocos días que he de vivir, con pan y tranquilidad tengo bastante. Ambas cosas las tendré si queréis darme un sitio en vuestra mesa y otro en vuestro hogar. Así moriré contento;—y tendió los brazos a sus hijos que se arrojaron en ellos llorando.

—Sí, padre mío,—le dijo el hijo;—siempre viviréis con nosotros.

—Sí continuó la esposa,—ambos nos disputaremos la dicha de servirlos. ¡Qué dichosos seremos en vivir los tres juntos! Siempre contentos el uno del otro; siempre de acuerdo.

El anciano al escuchar tan dulces palabras, estrechó a sus hijos contra su corazón y se oyó un inefable concierto, en el que se confundieron los juramentos más sagrados y las más santas protestas.

En el primer año, nada vino a turbar la unión, tan piadosamente jurada. El marido estaba siempre ocupándose de su padre, y la mujer no escaseaba los cuidados que había jurado prodigar al anciano. Nada había hecho aún entibiar el fuego que hacía mirar a los hijos como una felicidad, lo que luego mirarían quizá como un deber, y más tarde como una carga.

El matrimonio a los dos años tuvo un hijo, y nadie le recibió con más alegría que el anciano. ¡Los abuelos quieren tanto a sus nietos! La debilidad de los seres cercanos al sepulcro, simpatiza tanto con la de los seres que acaban de nacer! Hay una inteligencia tan íntima entre la vejez y la infancia, estos dos crepúsculos de la existencia!

La mayor felicidad del abuelo era tener al nieto en sus brazos; mecerle para que se durmiera, y espiar sus dulces sonrisas al despertarse. El buen anciano iba contando por todas partes lo que le hacía tan feliz; necesitaba especificar a todo el mundo las gracias del chiquitín, y recitar a cuantos entraban en casa, las palabras que le había entendido; y se pasaba de ver que no todos participaban de su alegría, y que entre los vecinos, había algunos, que, testigos

de su alegría, parecían compadecerle, y se apartaban de él, volviendo desdenosamente la cabeza.

Y es que los buenos vecinos, cuya conducta sorprendió tanto al abuelo, habían reparado en la familia, desde el día del nacimiento del niño, un cambio que el no había advertido, absorto por el único pensamiento de su nueva dicha. No faltó alguna comadre que peroró largamente, sobre cierta variación en la conducta de la mujer para con el padre de su marido, concluyendo de este modo sus reflexiones.

—El pobre hombre, distraído con las gracias infantiles de su nieto, no echa de ver aún el abandono en que yace. ¡Dios quiera que permanezca mucho tiempo en su error y no se aperciba jamás de la indiferencia con que sus hijos empiezan a pagar sus bondades!

Lo que decían era verdad. La nuera, como afirmaban los vecinos, había transformado, de repente, su ternura; de la inmensa parte de amor que daba a su hijo, no la quedaba nada para el abuelo; sin duda su corazón no era bastante grande para encerrar con el cariño maternal, una pequeña parte de su antigua amistad filial.

El hijo, a quien sus negocios tenían fuera de casa, excepto a las horas de comer, no se inquietaba de los cuidados que reclamaba la vejez de su padre. Por la noche, en lugar de hacer, como antes, al anciano, una piadosa lectura, y preparar su espíritu a la oración, cogía al niño sobre sus rodillas, y se pasaba las horas haciéndole reír y bailar. Y entonces únicamente, sentía el buen viejo, apoderarse la tristeza de su alma; separarle del niño a quien tanto quería, era hacerlo sentir el dolor de su aislamiento.

Más tarde, cuando creció el niño y tuvo bastante fuerza para correr y jugar con los de la vecindad, el anciano se quedó cada vez más sólo y desconsolado; su felicidad desaparecía, siempre que su nieto pasaba por delante del dintel de la casa, y como su nuera, que se había olvidado tan pronto de los cuidados que antes le prodigaba, no venía a consolarle en su abandono, no le quedaba más recurso, que meditar solo y lleno de tristeza, en los disgustos de su vejez.

—Sí,—decía para sí dando un suspiro;—mi hijo y su mujer, no son ya tan buenos para conmigo:

apenas veo, y ni el ni la otra me tienden el brazo para sostenerme ni guiarme, dejándome andar a tientas en mi soledad. Estoy sordo, y se impacientan cuando no los oigo, o no les contesto al instante: quizá—añadió con el acento de la más profunda tristeza—se rían de mis males y se burlen de mí, cuando yo no pueda verlos ni oírlos.

Con este último pensamiento, de la indiferencia de sus hijos, justificada por completo, el anciano se sintió agobiado; y cuando llegó la hora de comer, le dominaba de tal modo este cruel pensamiento, que se sentó a la mesa temblando. Creyó que todos sus movimientos eran espiados para criticarlos, y entonces sus manos temblaron más, y el temor de cometer una torpeza, que sirviese de pretexto a burlas irónicas dadas a sus movimientos, pesados por la debilidad de la edad, dió a éstos la torpeza que él tanto temía. La cuchara vacilaba entre sus manos, como si estuvieran convulsivamente agitadas por un estremecimiento nervioso, y cada vez que la llevaba a sus labios, dejaba caer, sin notarlo, un poco de caldo que se extendía sobre el mantel. La joven se lo advirtió, y el anciano a pesar de su poca vista, la vió expresar su disgusto en un gesto de desprecio. Entonces el viejo se levantó y con los ojos preñados en lágrimas, cogió su asiento entre sus temblorosas manos, y fué a sentarse en el rincón más obscuro.

Y el hijo no volvió a llamar al padre a la mesa de la familia.

Pero el nieto, que había visto llorar a su abuelo, fué a sentarse a su lado; y poniéndole sus manecitas encima de las rodillas, le hubiera mirado largo tiempo con dolorosa sorpresa, si su madre no le hubiera arrancado de aquel sitio con un movimiento de despecho.

Al día siguiente, el anciano se sentó, como la víspera, en un rincón, cuando llegó la hora de comer, y tuvo sobre sus rodillas el plato que contenía su comida: pero sus manos, cada vez más trémulas, aun cuando quisieron sostener el plato, fueron demasado débiles, y cayó éste al suelo, haciéndose pedazos.

Entonces, se enfadó la mujer, y el hijo no pudo contener un movimiento de impaciencia: el abuelo

oyó los gritos de la nuera y vió el gesto de su hijo, y dió un gran suspiro

Al otro día, cuando volvió a colocarse en su rincón obscuro, vió que sobre el banco que le servía de asiento habían colocado una cazuela de madera, con el alimento que debía comer. La cogió porque tenía hambre, y sin embargo, cuando su mano quiso llevar la comida a los labios, la dejó caer sin fuerza y no pudo continuar: gruesas lágrimas cayeron de sus ojos, y se quedó abismado en un pensamiento triste y profundo. Le sacó de él una manecita que tocaba la suya, y una voccecita que le hablaba.

Era su nieto, que empujándose sobre las puntitas de los pies para coger la cazuela que el anciano tenía sobre las rodillas, le decía con dulce voz:

—Abuelo, ¿es de madera el plato en que te han puesto la comida?

El pobre anciano no tuvo fuerzas para hablar y contestó al niño con un triste movimiento afirmativo de cabeza.

Algunos días después, cuando el padre y la madre estaban en la mesa, y el abuelo, siempre triste, continuaba en su rincón, el niño dejó de comer, y empezó a sacar del bolsillo una porción de pedacitos de madera, y a colocarlos con gran cuidado unos cerca de otros.

—¿Porqué no comes? ¿Qué haces?—le dijo su madre.

—¿Por qué no comes? ¿Qué juegos son esos?—le preguntó el padre.

El niño levantó su bonita cabeza, y fijando sobre su abuelo sus hermosos ojos azules, en los que brillaba una mirada inteligente:

—Abuelito,—le dijo,—estoy haciendo una cazuela para que coman papá y mamá, cuando yo sea grande!

Los dos esposos se miraron un momento en silencio y rompieron a llorar. El hijo se levantó, cogió a su padre de la mano y volvió a colocarle en la mesa de la familia. El nietecito echó los brazos al cuello de su abuelo y...

colorín, colorado, mi cuento ya se ha acabado.

LUIS MARIANO DE LARRA





ANDANTE ESPAÑOLERÍA

Por el Teniente Coronel García Pérez.



Miguel Villar

En la batalla de Génora o Santa Engracia (guerra de la Independencia, 19 de Febrero de 1811) cae gravemente herido el abanderado del Regimiento de León; y la Bandera pasa a poder de los franceses.

El sargento primero Villar al contemplar la Bandera en manos extrañas, lleno de ardoroso patriotismo, se arroja sobre sus contrarios; dispersa al grupo contrario, mata al portador de la enseña patria y tomando ésta vuelve rápido a sus filas donde su hazañosa conducta mereció las más calurosas felicitaciones.

Emeterio Velarde

En la batalla de la Albuera (16 de Mayo de 1811) ejerció funciones de ayudante primero de Estado Mayor cerca del general López de Ballesteros; cayó mortalmente herido; y antes de entregar su alma a Dios dijo así:

Nada importa que yo muera,
si hemos ganado la batalla.

Juan Manuel López

Desempeñando una comisión del servicio cae este sargento en poder de los franceses durante la guerra de la Independencia; ante el general Soult es instalado a revelar la misión que se le confiara; calla patrióticamente el bravo español; acúsale entonces por hechos cuya inocencia fácil le era probar; y con gran serenidad acepta la sentencia de muerte prefiriendo ésta antes que descubrir el objetivo que se le había otorgado.

Con la grandeza de los héroes murió fusilado en Sevilla el 29 de Noviembre de 1811.

José Manuel de Céspedes y Pineda

Designado para tomar el mando de un Batallón de milicias del país sale este capitán de México en Noviembre de 1811, escoltándolo un sargento y catorce dragones; una gruesa partida ataca a los españoles en Tepexí del Río; en rudo combate caen muertos o heridos todos los de la escolta; Céspedes, acribillado a balazos, es hecho prisionero.

Conducido a Sitáguaro se le hacen tentadoras ofertas; recházalas altivo el valeroso sevillano;

condenado a muerte marcha al lugar del fusilamiento con la serenidad de los mártires y la entereza de los creyentes; y antes de que las balas mexicanas cortasen su existencia corporal grita entusiasta en amorosas palabras para la Patria y para el Rey.

Villanueva

Al replegarse el Regimiento de Ordenes Militares en la acción de Bornos (guerra de la Independencia, 1.º de Junio de 1812) el abanderado Villanueva se ve acometido por un dragón francés; trata el galo de apoderarse de la Bandera y en lucha con Villanueva causa a éste varias heridas; el oficial español cae a tierra abrazado a la enseña.

Villanueva prosigue tenazmente su defensa; el adversario echa pie a tierra y toma la codiciada Bandera; el abanderado, en un supremo esfuerzo, alzáse y se lanza sobre su rival entablando sangrienta lucha; afortunadamente para Villanueva, en aquel momento llegaron varios soldados que habían presenciado tan emocionante duelo y dieron muerte al francés.

El heroico oficial, con la Bandera empapada en sangre, se hizo conducir ante su coronel y demás compañeros siendo recibido con grandes plácemes; días después falleció en el hospital de Algeciras.

Rodrigo Pérez Ponce

Cadete del Batallón Cazadores de Barbastro. En la acción de Bornos o del Guadalete, 1.º de Junio de 1812, llevó su bravura hasta el punto de copar dos cañones, al frente de algunos soldados; disputadas luego las piezas por los franceses, un balazo le causó gloriosa muerte.

Jhon Dowinie

Este coronel inglés era el comandante de la Legión extremeña en la guerra de la Independencia. Con motivo de la evacuación de Sevilla por los franceses libró su retaguardia porfiado combate con las tropas anglo-españolas (27 de Agosto de 1812); en esta acción cayó prisionero el británico Jefe después de acreditar su heroísmo y pericia; y antes de que su espada—que era la espada de Pizarro regalada a él por uno de sus descendientes—cayera en manos de sus rivales la arrojó a los españoles.

DEL TIEMPO = VIEJO = EL PRIMER BUQUE DE VAPOR

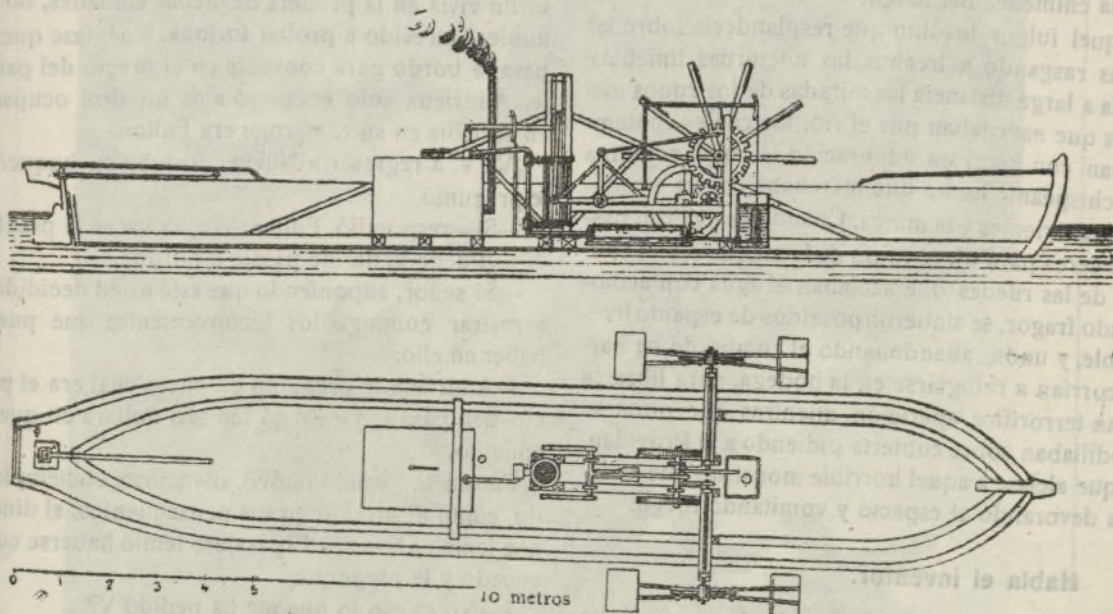
El momento de la partida.

En uno de los últimos días del mes de Agosto de 1807, agolpábase al muelle de Nueva York que daba al río Hudsón, una muchedumbre curiosa y más que curiosa burlona, con objeto de presenciar la partida de un buque de extraña forma anclado en aquel río.

Este buque tenía cincuenta metros de largo por cinco de ancho y estaba provisto de dos ruedas de paleta de cinco metros de diámetro, llevando ade-

Hudson, cuando observó que avanzaba gallarda y sin tropiezo con rapidez inusitada, dejando en pos una espumosa estela en el agua y un rastro de humareda en el aire, sus sentimientos cambiaron con esa veleidat que caracteriza al vulgo, y las burlas anteriores se trocaron en aclamaciones de entusiasmo que hicieron más señalado el triunfo del ilustre inventor.

Los más incrédulos cambiaron de modo de pensar en pocos minutos, y antes que el barco hubiera



El primer buque de vapor de Fultón.

más en su pequeña bodega una caldera de veinte pies de longitud y una maquinaria que entonces parecía bastante complicada.

Por la cubierta de aquel buque iba y venía un hombre de poco más de cuarenta años de edad, de fisonomía inteligente y enérgica.

La estúpida multitud.

Aquel hombre estaba dando la última mano a los preparativos de marcha, y poco después, a la una de la tarde, puso en movimiento su barco, al compás de las risotadas, sarcasmos y rechiflas de una multitud estúpida, que en su ignorancia no podía comprender las ventajas ni la inmensa trascendencia que andando el tiempo había de tener aquel ensayo.

Sin embargo, cuando aquella multitud vió que la embarcación surcaba majestuosamente las aguas del

andado un cuarto de milla, estaban totalmente convertidos.

El marino que tan indiferente se mostraba a las burlas como a la admiración de sus compatriotas, era Roberto Fulton, el célebre inventor de la navegación por vapor, y aquel buque, el *Claremont*, el primero que dió resultados prácticos y que inició la brillante marcha que luego ha seguido este medio de comunicación.

El *Claremont* emprendía su primer viaje de Nueva York a Albany, y así se anunció en los periódicos, añadiendo que admitía pasajeros a bordo; pero nadie se atrevió a tomar pasaje en un buque, cuya navegación se consideraba tan problemática como peligrosa. No por eso desistió Fulton, y partió absolutamente solo.

El primer viaje.

La distancia entre Nueva York y Albany, pobla-

ciones situadas a orillas del Hudson, es de sesenta leguas. El nuevo buque efectuó la travesía en treinta y dos horas, y regresó en 30: teniendo siempre el viento contrario y sin poder aprovechar ni una sola vez las velas de que estaba provisto. Durante su viaje nocturno, dice un escritor, el *Claremont* difundió el espanto por las solitarias riberas del Hudson.

Para alimentar la caldera se quemaban ramas de pino recogidas en la orilla del río, y la combustión de aquella madera resinosa producía una humareda densa y abundante envuelta en innumerables chispas, que se elevaba a muchos pies de altura sobre la chimenea del barco.

Aquel fulgor insólito que resplandecía sobre las aguas rasgando a trechos las nocturnas tinieblas, atraía a larga distancia las miradas de los rudos marinos que navegaban por el río, los cuales contemplaban con recelosa admiración la larga columna del chispeante humo que marchaba contra el viento, las corrientes y la marea. Cuando estuvieron bastante cerca para oír el ruido de la máquina y el choque de las ruedas que azotaban el agua con acompasado fragor, se sintieron poseídos de espanto irresistible, y unos, abandonando el rumbo de su barco, corrían a refugiarse en la bodega, para librarse de tan terrorífica aparición, mientras que otros se arrodillaban sobre cubierta pidiendo a la Providencia que alejase a aquel horrible monstruo que avanzaba devorando el espacio y vomitando fuego.

Habla el inventor.

Fulton hizo público el resultado de su magnífica empresa en un comunicado tan modesto y sencillo que dirigió a los periódicos de Nueva York. Estaba concebido en estos términos:

«A las cuatro de esta tarde he regresado de Albany en mi buque de vapor. Como el feliz éxito de mi experimento me permite abrigar la esperanza de que estos buques están llamados a adquirir trascendental importancia en mi país, ruego a V. que tenga la bondad de publicar los resultados siguientes, para impedir que se formen conceptos equivocados y para dar a los amigos de las invenciones útiles la satisfacción que apetecían.

«Salí de Nueva York el lunes a la una de la tarde y llegué a la misma hora del día siguiente, es decir, en veinticuatro horas, a Claremont, residencia del canciller Livingston; distancia, 110 millas. Salí d

Claremont el miércoles a las nueve de la mañana, y llegué a Albany a las cinco de la tarde: tiempo invertido, ocho horas; 40 millas, esto es, una velocidad de cinco millas por hora».

El primer pasajero.

Terminaremos estas líneas refiriendo un episodio ocurrido en el citado viaje.

Hemos dicho que ningún viajero se había atrevido a acompañar a Fulton en su travesía de Nueva York a Albany. Hubiérale sucedido lo mismo a su regreso, si un francés llamado Andrieux, que a sazón vivía en la primera de dichas ciudades, no se hubiese atrevido a probar fortuna. Cuéntase que al pasar a bordo para convenir en el precio del pasaje, Andrieux solo encontró a un hombre ocupado en escribir en su camarote: era Fulton.

«¿Va V. a regresar a Nueva York en su buque?—le preguntó.

—Sí—respondió Fulton—voy a hacer la prueba.

—¿Puede V. darme pasaje a bordo?

—Sí señor, suponiendo que esté usted decidido a arrostrar conmigo los inconvenientes que pueda haber en ello.

—Andrieux le preguntó entonces cual era el precio del pasaje, y entregó los seis dollars en que se convino.

Fulton se quedó inmóvil, silencioso, contemplando, como absorbido en sus pensamientos, el dinero que tenía en la mano. El pasajero temió haberse equivocado y le preguntó:

—¿No es eso lo que me ha pedido V?

Estas palabras sacaron a Fulton de su abstracción, y levantando la cabeza, fijó en el extranjero sus ojos, velados por el llanto.

—Perdone V., le dijo con voz ahogada: estaba pensando en que estos seis dollars son el primer producto que he sacado de mis prolongados trabajos sobre la navegación por vapor. Bien quisiera, añadió cogiendo una mano del pasajero, dar a V. albricias por este momento de satisfacción para mí, convidándole a apurar una botella de vino; pero soy tan pobre que ni con eso puedo obsequiarle. Confío, sin embargo, en que pagaré a V. esta deuda la primera vez que nos volvamos a ver.

Y en efecto, cuatro años después volvieron a encontrarse y entonces pudo ya celebrar Fulton como deseaba el grato recuerdo de su primer viaje.



PAGINA DE ARTE



EL SALVAMENTO (Cuadro de A. Daovant)



POR TIERRAS
DE AFRICA

CON RUMBO A MELILLA



Vista de la nueva ciudad de Melilla, al fondo el Gurugú.

Son las siete de la tarde y nos hallamos en el puerto de Málaga, la bella ciudad del *Andalus*. Nuestra primera impresión, es asombrarnos ante la pequeñez del barco que ha de transportarnos a la costa africana. Es el *Monte Toro*, navío que no llega a las mil toneladas, y que acostado al muelle, al lado de los grandes trasatlánticos aun parece exagerar las reducidas dimensiones de su casco. Pero no nos preocupemos grandemente por tal cosa... la *gente de mar* afirma que el tal barco es muy *marinero* y ya conocemos lo que eso significa... Es que sabe moverse *mucho y bien* y que si no corren peligro nuestras vidas, no podremos esperar lo mismo para nuestros cuerpos, que serán vapuleados concienzudamente.

Vamos a Melilla, la ciudad de la guerra, el antiguo presidio que hoy convertido en floreciente pueblo parece atraer sobre sí todos los rigores del Dios Marte. Melilla es: los recuerdos del 93, las escenas de Gidi Guariach; luego, los horrores del Barranco del Lobo, los sangrientos episodios de Benibuifrur; después, la sorpresa de Izarrora y, por fin, encadenados por una sucesión de hechos gloriosos y hazañas inmortales, el suceso de Abarrán, los combates de Annual e Igueriben, la retirada trágica que culmina en las matanzas de Zeluán y Monte Arruit... Vamos a Melilla... Melilla es la bandera de España, el girón de los abnegados sacrificios, Melilla es en nuestra historia, la hidalga ejecutoria del bravo y sufrido español. El campo de Melilla, es campo de España, porque fué regado con nuestra sangre, y asegura la tierra del Rif los calcinados huesos de millares de soldaditos que cayeron pensando en su madre y en España...

Esta Melilla moderna y su campo salvaje, debes conocerlos, lector, porque de cerca te interesan. Yo te invito a emprender por ellos un lindo viaje sentimental. Perdona la pobreza del acompañante, porque espero que el interés de la excursión sea tal, que luego has de agradecermela. Deja pues, el equipaje de tu pereza, hazte caballero en el corcel de la fantasía y acompáñame.

...Ya estamos en el mar. Entretenidos en la evocación de hechos pasados apenas nos hemos dado cuenta de como quedaban atrás la farola del puerto; como iba desapareciendo la línea de la playa donde se reparten los hotelitos de la Caleta y El Palo; como va desdibujándose en el horizonte el ruinoso castillo de Gibralfaro... Nos recogemos en la cámara... El barco comienza a sentir las caricias de la corriente del Estrecho... Mañana cuando raye el día, veremos las guiñadas del faro de Tres Forcas, y buscaremos entre los peñascos que sobre el mar elevan los Farallones, un paso para el arribo a la antigua Rasudir...

* *

Al rayar el día, hemos avistado la costa. Los salvajes acantilados de Tres Forcas, nos hablan ya de la inhospitalidad del Rif. Todo es seco, todo es recio, como de tierra sin entrañas... Brotan del mar los peñascos del arrecife de los Farallones... El barco modera la marcha, para ajustar a la hora reglamentaria su entrada en el puerto. Allá a la derecha, sobre una roca pequeña que se destaca bravamente de la costa, se alza Melilla *la vieja*. Tiene la forma de una antigua alcazaba, en cuyo interior se aglomeraron las viviendas. A sus pies, y desparramándose por la llanura, saliendo fuera del cinturón de

los fuertes, se ha formado una ciudad blanca, de calles alineadas y bellas. Sus edificios llegan hasta el pie de la montaña, casi penetran en sus barrancos, y si se alargan por la carretera hasta los límites de la Segunda Caseta.

La masa imponente del Gurugú sirve de fondo al paisaje. El sombrío macizo con sus recortados picos en los que se adivinan unos campamentos españoles, es hoy el descanso de la plaza, como antes fué su amenaza. De su mole surgen las volutas de blancas y fugaces humaredas, al tiempo que nuestros oídos perciben fuertes detonaciones.

—¿Hay guerra?—preguntamos.

Nos han respondido con un movimiento de cabeza negativo, aunque poco seguro. Deben ser explosiones de los barrenos que fabrican la carretera... Pero se hallan tan cerca los combates que se libraron por su reconquista, han menudeado tanto las agresiones desde el monte famoso, que nuestro interlocutor vacila en su afirmación.

—¡El Gurugú...!—comenta—Eso debiera convertirse en una fortificación tan formidable como la que sufrimos en Gibraltar... Creo que un proyecto detallado y completo fué enviado a Madrid para su aprobación... Pero no vuelve... ¿Se hallará olvidado en algún Ministerio prendido entre las redes de la maraña internacional? Si así sucede, allí dormirá hasta que muera... Y entre tanto seguirá vivo, el fantasma que representa el Gurugú desmantelado e inútil para nosotros, con la ridícula defensa que significa unas tiendas de campaña perdidas entre las nubes...



Nuestro director, el Capitán D. Vicente Valero de Bernabé, que ha marchado a Marruecos al frente de los carros de asalto de infantería, y que inicia en este número una serie de interesantes crónicas sobre el Rif.



[MELILLA.—La ciudad antigua y las murallas.

A la izquierda se dibuja el *Atalayón* sobre el espejo de *Mar Chica*, y allá muy lejos cierran el horizonte los montes de *Quebdana* tras de los cuales corre el Muluya que limita la zona francesa.

El barco se acerca... Dobla el extremo del puerto y maniobra lentamente para acercarse a tierra. Oye-se el chirriar de las cadenas del ancla que busca fondo, suenan los pitidos del práctico y las voces de los que cogen las amarras... Poco a poco, la nave va pegándose al muelle hasta que queda inmóvil sujeta por las maromas... Intentamos saltar a tie-

rra... No puede ser... Hay que guardar determinadas formalidades y son encargados de hacerlas cumplir unos guardias-soldados, que visten uniforme de infantería, se cubren con salakot y llevan en las manos una especie de cortos bastones cachiporras símbolo de su autoridad... Hay que obedecer sin discusión... Todo aquí es militar... Todo se rige por las sabias ordenanzas que dictó para nuestro gobierno el prudente rey tercero de los Carlos...

VICENTE VALERO DE BERNABE

PARA SONREIR

CHISTES DE HACE VEINTE SIGLOS

El filósofo Alejandrino *Hiérocles*, descansaba de sus trabajos serios haciendo chistes, que fueron muy celebrados por sus contemporáneos.

Algunos han llegado a nosotros, que pueden ser catalogados como ocurrencias gedeónicas: he aquí varias:

«Encontrando un joven a un conocido le dice: «Me dijeron que te habías muerto». «Pero», dice el otro, «ves que estoy vivo». «No se como será eso», replicó el primero: «tú tienes fama de mentiroso; pero el que me informó es persona de crédito».

—Escribió un hombre a un amigo que se hallaba en la Grecia, encargándole de comprar unos libros. Por negligencia o por miseria, no se ocupó del encargo pero, temiendo que se ofendiese su corresponsal, exclamó la próxima vez que se encontraron: «Mi querido amigo, nunca recibí la carta que usted me escribió con respecto a los libros».

—Un caballero dado a teorías, queriendo enseñar a su caballo a vivir sin alimento, lo mató de hambre. «Sufrió una gran pérdida—decía—porque justamente, cuando había aprendido a vivir sin comer, se murió».

—Un campesino robusto, encontrando en su camino un médico, se escondió detrás de una pared. Cuando le preguntaron por qué, contestó: «Hace tanto tiempo que no he estado enfermo, que tengo vergüenza de mirarle en la cara a un médico».

—Habiéndosele dicho a un hombre que el cuervo vive dos siglos, compró uno para hacer la prueba.

Un hombre que se escapó por poco de ahogarse, declaró que nunca volvería a entrar en el agua hasta haber aprendido a nadar.

—Un caballero que tenía que atravesar un río entró en el ancón montado en su caballo: cuando le preguntaron por qué, replicó: «Tengo que ir a caballo porque voy de prisa».

—Un estudiante necesitado de dinero vendió sus libros y le escribió a su padre: «Regocíjate, padre mío, hoy me mantengo de la literatura».

—Habiendo muerto uno de dos gemelos, un individuo, encontrando al que había sobrevivido, le preguntó: «Cuál de ustedes ha muerto, ¿usted o su hermano?»

—Un caballero tenía una barrica de vino, de la cual su criado había robado una buena cantidad. Cuando su amo descubrió la falta, buscaba con empeño alguna apertura en la parte superior de la barrica, pero sin hallar señal de tal apertura. «Busque usted, a ver si no encuentra algún agujero en el fondo—le dijo uno que estaba presente». Estúpido «replicó» ¿no ve usted que el vacío está en la parte de arriba y no en el fondo?

—Un curioso, deseando saber qué aspecto presentaba cuando estaba dormido, se sentó con los ojos cerrados enfrente de un espejo.



La fabricación de grandes cristales

Hasta fines del siglo XVII no hubo espejos de grandes dimensiones, siendo los más preciados los famosos de Venecia.

Nuevos procedimientos que fueron rápidamente perfeccionándose, los progresos de la Química con la producción de la sosa artificial y otros medios, han venido suministrando la manera de fabricar cristales, y por lo tanto, espejos gigantescos.

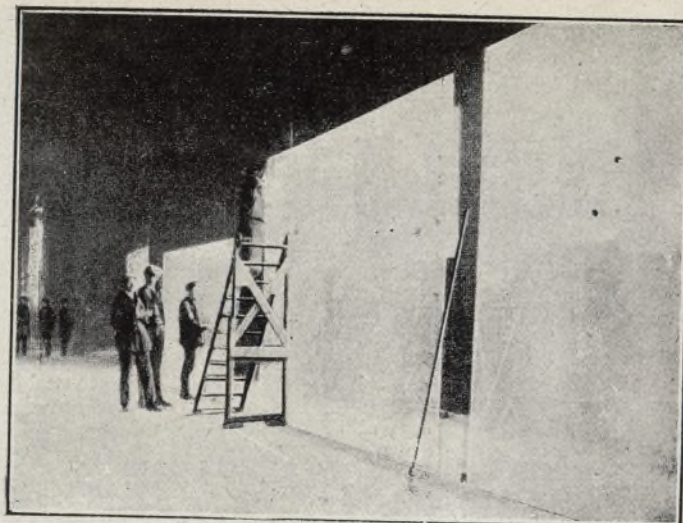
En la Exposición Universal de París, 1889, se exhibió uno de más de 34 metros cuadrados de superficie: $8'14 \times 4'28$ eran sus dimensiones.

Las primeras operaciones para la fabricación, son como de ordinario para toda producción de vidrio.

Se somete a temperatura muy alta, una mezcla de materias vitrificables, que son aquí: sílice, sulfato de sosa, carbonato de cal, carbón vegetal y vidrio pulverizado. Esta mezcla se realiza mecánicamente para conseguir mayor perfección y evitar defectos en el producto.

La arena sílicea, bajo la influencia del calor, descompone el carbonato de cal, mientras la presencia del carbón lo hace con el sulfato de sosa; resultando de estas reacciones un silicato doble de sosa y de cal.

Las proporciones de los componentes suelen ser 100 partes de arena y 37 de sosa y de calcárea



El cristal pulimentado en sus dos superficies pasa a la sala de examen.

agregase una pequeña dosis de ácido arsenioso que contribuye a la unión íntima de los cuerpos sometidos al calor. Los detritus de vidrio sirven de fundente.

En crisoles de tierra refractaria se lleva esta masa a los hornos de vitrificación.

Tales crisoles constituyen una parte importantísima de la operación, pues su construcción requiere cuidados especiales y operarios muy prácticos.

Además del necesario conocimiento de las tierras, precisa gran habilidad para formar el vaso en un molde de madera, de modo que, teniendo una capacidad aproximada de un metro cúbico, quede apto para resistir temperaturas que alcanzan a 1.500 grados y el consiguiente transporte en todos sentidos, conteniendo un peso de unos 2.000 kilogramos.

Se construyen húmedos, y su desecación requiere varios meses en secaderos cuya temperatura se varía de 25 a 50 grados.

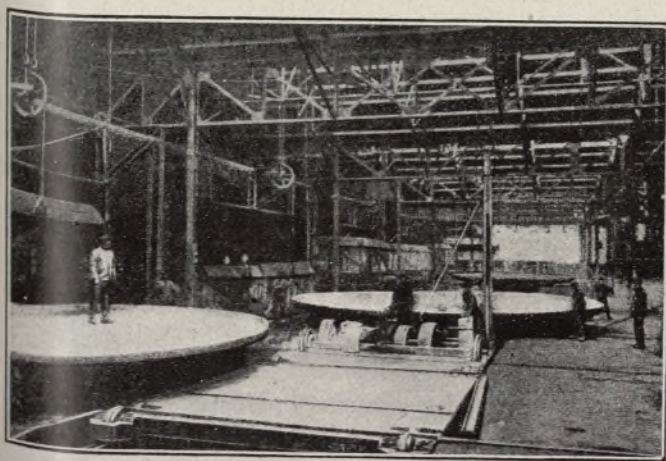
Suelen servir cada uno para 20 ó 25 cochuras.

Los hornos son sistema Siemens y cada uno da cabida a seis crisoles, teniendo especies de postigos, por los que entren y salgan.

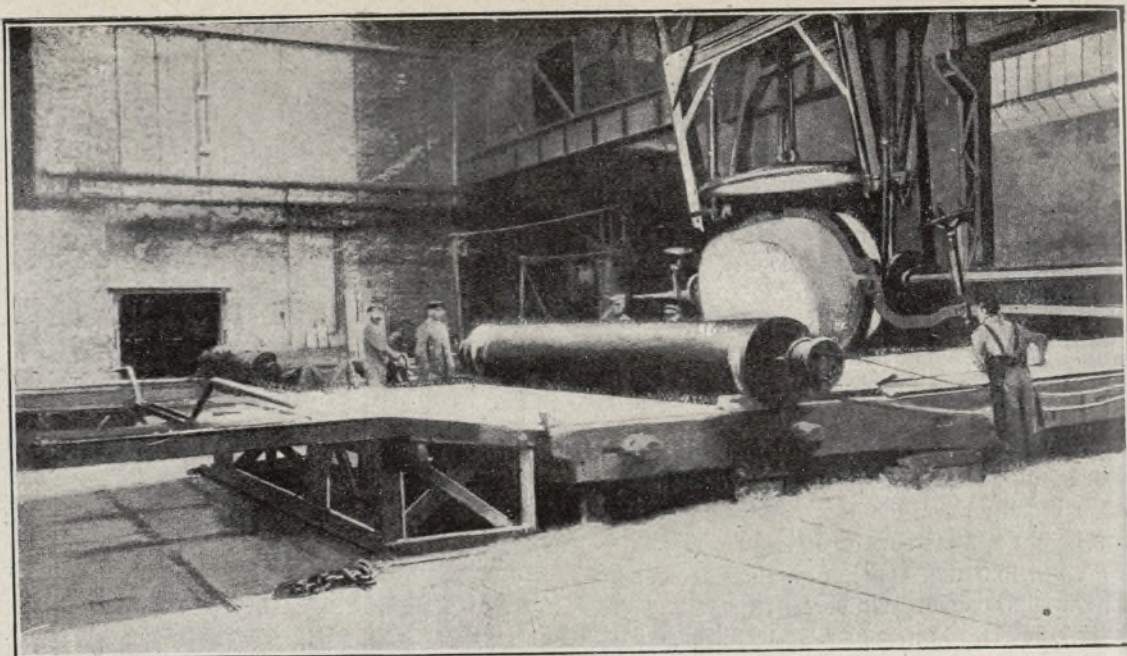
Al comenzar la fusión, se reduce a la mitad el volumen de la mezcla, rellenándose enseguida los crisoles.

Nueve o diez horas tarda la fusión, tras de las que se emplean otras en afinarla, mediante una violenta ebullición que se provoca, dejando entonces enfriar el horno. Entonces la masa vitrificada adquiere una consistencia pastosa.

Máquinas adecuadas sirven para transportar los cristales a un departamento en



Vista de un taller de pulimentado y bruñido ...



El vaciado de un cristal es una de las operaciones más interesantes de la industria del vidrio.

que hay grandes mesas, perfectamente planas y horizontales, cubiertas con una capa de arena finísima y seca. Suspendido el crisol sobre la mesa, se le limpia cuidadosamente y se engrasa, a fin de que no caiga ceniza ni partícula alguna extraña.

El contenido del crisol se vierte entonces sobre la mesa; la pasta se extiende por sí misma. Después pasa sobre ella un cilindro metálico de algunas toneladas de peso, y que deja un espacio igual al grueso que se quiere para el cristal en bruto.

Apenas el rodillo pasa, la pasta toma primero color rojo, después pardo y por fin rosáceo.

Ya tiene el cristal consistencia bastante para ser retirado y conducido a someterle a recocción, después de lo que se le lleva al taller de pulimento, en el que se coloca sobre una mesa plana y horizontal, donde se recorta a las dimensiones deseadas y se corrigen los defectos que a primera vista se advierten, quedando el cristal dispuesto para someterlo a las operaciones de pulimentación, que consisten en una serie de ellas, donominadas devaste, afinamiento, vaponado y pulimento, que se realizan sucesivamente con el auxilio de arenas o esme-

riles, que son elegidos de mayor o menor firma.

Esto se hace montando el cristal sobre una gran mesa circular, a la que se adhiere con yeso, y sometiéndola a un movimiento rotatorio, mediante el cual roza el vidrio con el suavizador, que es una gran placa metálica, que, estando suspendida sobre el gran disco, se le descende, según el grueso a que ha de quedar la pieza con el desgaste. Ese movimiento se riega constantemente con agua y los esmeriles oportunos.

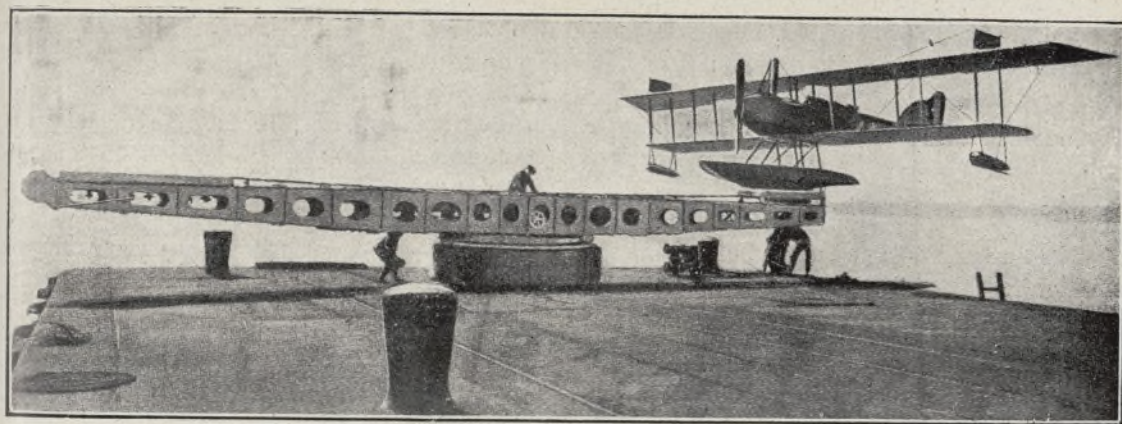
En el posterior pulimento el suavizador va guarnecido de fieltro y alimentado por peróxido de hierro disuelto en caparrosa verde.

El cristal se levanta, se le limpia el yeso, se lava bien y se conduce a otro departamento en que a mano se reparan los pequeños defectos que puedan quedarle.

Cuando los cristales se han de convertir en espejos se les platea la cara posterior, dándoles un baño de solución amoniacal de nitrato de plata en diez volúmenes de agua destilada.

Esta capa se cubre con otra de pintura al barniz, tal que conserve inalterable el argentado.





La catapulta sobre la cubierta de un acorazado.

Durante la guerra europea, pudo comprobarse que los bombardeos aéreos constituyen un gravísimo peligro para los grandes acorazados y cruceros de escuadra, a los que pueden los aviones producir averías serias. Incluso pudo verse que la explosión de bombas en las proximidades de una embarcación, es susceptible de causarle los daños que la de una mina o un torpedo, hiriendo la quilla cuando la bomba estalla bajo el agua y en condiciones apropiadas.

La artillería antiaérea de que se proveyeron los buques de combate, hay que reconocer que es más de efecto moral que efectivo, puesto que no es extraño dejar de hacer blanco sobre un aparato que vuela a 1.200 y 1.500 metros de altura, aunque se le dispare un millar de veces.

Había que pensar en defender los grandes buques de guerra, que todavía son el verdadero nervio del poder naval de las naciones.

Para ello nada como dotarlos de suficientes aviones, que en momento oportuno constituyan una escuadra aérea capaz de contener o de destruir a la enemiga que se aproxime.

Los hidroaviones, no son suficientes tampoco al efecto. El inconveniente mayor, consiste en que en un buque no hay espacio suficiente para que un avión pueda elevarse como en un aerodromo.

También es condición contraria a la posibilidad de tomar vuelo, que el avión necesita en los primeros momentos, que el viento le impulse en sentido favorable, y no ha de adaptarse a ello la marcha de la escuadra. Sería, pues, preciso que el respectivo acorazado virase en cada caso, según el viento, y se saliera de su puerto en formación, lo cual es técnica y tácticamente inadmisibles.

Los Estados Unidos habían comenzado a estudiar esta cuestión ya en 1911; pero la abandonaron cuando tomaron parte en la guerra, entre otras razones, porque nada había que temer en este sentido en el Atlántico, por donde venían sus enormes convoyes.

Mas, después del armisticio, han vuelto a sus experiencias, porque como decimos, la práctica ha enseñado la necesidad de lo que los yankis habían previsto.

Después de numerosos ensayos, se ha conseguido, al parecer con éxito completo, el propósito deseado. En el arsenal de Filadelfia se ha dado ya por resuelto el problema, del que ha venido en ayuda eficaz la antigua catapulta.

Un carril montado sobre una mesa giratoria situada en el centro del puente del buque, puede balancearse en ella. Por encima de este carril, corre una vagoneta cargada con el avión, conduciéndolo hasta un extremo del camino. El punto de apoyo, por su cualidad de giratorio, coloca la gran palanca y el avión en la dirección conveniente al viento que sopla. Entonces es llegado el momento en que la catapulta imprime su impulso y el aparato aéreo abandona el carricoche en que se sustentaba y vuela por su cuenta.

Toda esta maquinaria que se mueve por la fuerza del aire comprimido, no es grande ni embarazosa para tenerla en un barco de guerra.

Con ella podrá lanzar por los aires en poco rato, cuantos aviones pudiera conducir, los cuales saldrán en su defensa a luchar contra los de bombardeo que el enemigo le envíe.

Aunque el lanzamiento no es complicada, requiere cuidados especiales para su buen resultado.

La velocidad que la catapulta debe imprimir al avión, ha de ser bastante para que la presión del aire bajo las alas, le haga subir desde el primer momento y pueda ya volar solo. Esta velocidad será superior en cierta cantidad a la mínima con que el aparato es capaz de mantenerse en vuelo.

Será preciso que el avión esté sólidamente sujeto para que no deje la vagoneta hasta adquirir esa velocidad indispensable.

Por otra parte, tampoco ésta puede ser excesiva, porque hay que contar con que el lanzamiento no sea tan violento que ocasione estremecimientos físicos al piloto, que no le permitan disponer de la imprescindible serenidad y dominio del aparato en los primeros instantes, en que todas sus facultades son necesarias.

En cuanto a los hidroplanos, se podrán lanzar

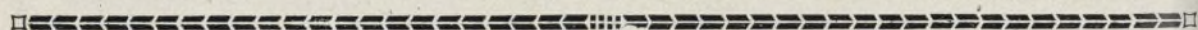
igualmente; siendo, por tanto, esta utilización de la catapulta, un gran paso en el armamento de las escuadras, cuyas grandes unidades podrán llevar consigo máquinas voladoras, izadas al modo que las chalupas ordinarias.

Ultimamente, los norteamericanos creen haber resuelto también la ardua cuestión del aterrizaje, pues los aviones lanzados al aire en alta mar, después de cumplida su misión, tendrán que volver a la escuadra de que salieron. Pero es indudable que la catapulta que los lanzó no es a propósito para recibirlos a bordo.

Al efecto han construido ya un buque de tan extensa cubierta, que lo destinan campo de aterrizaje.

A este paso, ¡quién sabe si mañana no nos sorprenderán con aerodromos flotantes!

De todos modos, la catapulta parece utilísima.



EXPEDICIÓN CIENTÍFICA

A CAZAR EL PLESIOSAURIO

En Buenos Aires se ha organizado una expedición científica que marcha a Patagonia a cazar un raro ejemplar del famoso Plesiosaurio, animal que se creía extinguido.

Es curioso conocer los elementos de que dispone esta comisión.

«Los expedicionarios, a los cuales se agregarán otros en la región cordillerana, llevan impermeables, grandes botas de goma, sacos y breech de cuero confeccionados en Buenos Aires. El botiquín contiene lo indispensable: píldoras Taurina, sulfato de soda, láudano de Sydenan, vendas, desinfectantes, vaselina y bicarbonato; este último artículo en abundancia, para las posibles indigestiones de carnes muy grasientas.

Dos automóviles los esperan en Neuquen. Se dirigirán inmediatamente a Esquel, para penetrar en los primeros eslabones de la cordillera, con rumbo todavía indeciso.

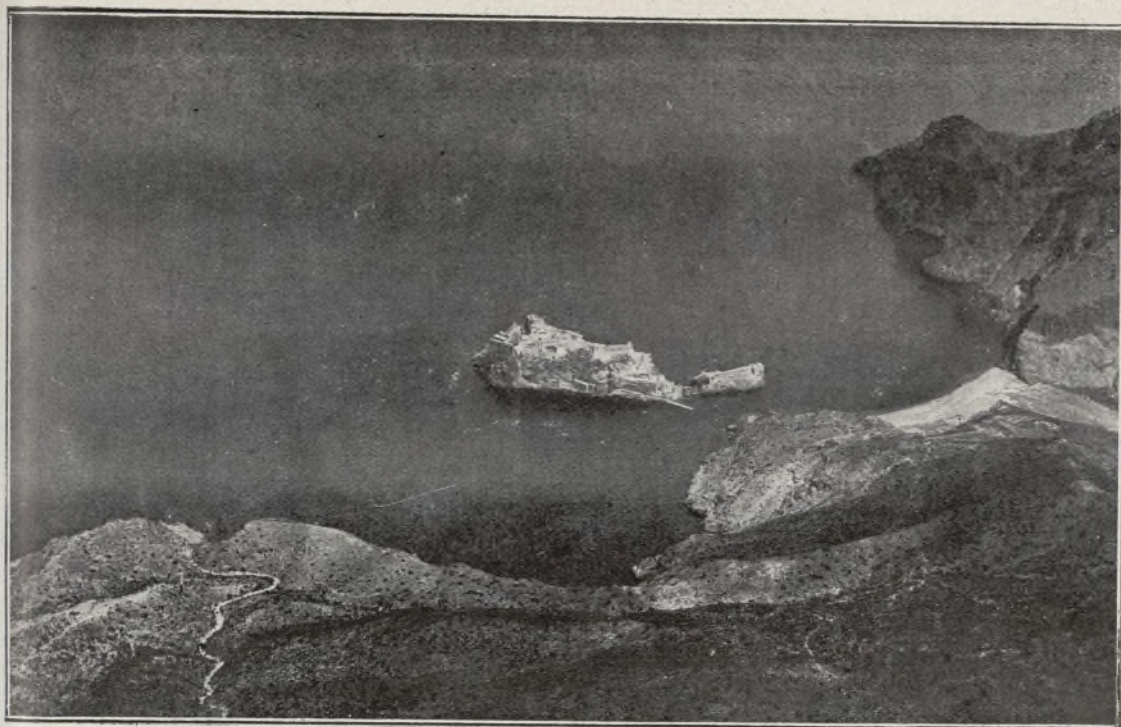
El director del Zoológico se ha desprendido, para esta memorable ocasión, de la batería de cocina fabricada por Silves, de Londres, conocido proveedor de los viajeros del Africa y que le había donado el árbitro británico sir Thomas Holdich.

El señor Onelli detalla en la siguiente forma el cargamento de los expedicionarios: «No supera los 500 kilos, de los cuales 40 pesa el motoreito a nafta

de tres caballos de fuerza, que marcha así en agua profunda como en 20 centímetros de profundidad. Este motor será aplicado a las balsas que construyan en el interior de los valles para perseguir al monstruo que se interne en las aguas. La expedición lleva sondas, jarcias de pesca, arpones y redes para recoger pescados y moluscos de determinadas lagunas, sin desagües.

Con anticipación y para evitar en lo posible su compañía, han sido enviados antes dos cajones de dinamita, para abrir caminos y remover en algún punto las profundidades de lechos lacustres. Van armados de fusiles de los tipos que los británicos llaman «elephant-gun». Llevan también reflectores, grandes pistolas alemanas para disparar en el aire potentes cohetes de luz y de una duración de treinta y cinco segundos. Habrá momentos en que por la noche podría creerse que se celebra una fiesta veneciana de hadas en el interior de la cordillera. El taxidermista va pertrechado con toda la instrumentación de un laboratorio, entre las que sobresale, como un cañón Ghota, la enorme jeringa para inyectar formol en la carótida del monstruo, si hay necesidad de apelar a la «última ratio» del rey de la creación. La opinión, hasta ahora tenida secreta, es que de esos monstruos hay casales y muchachos para el transporte se preferiría uno de estos últimos

El Peñón de Vélez de la Gomera



Vista del Peñón de Vélez tomada desde un aeroplano de la escuadrilla de aviación de Melilla. La isleta pequeña que se ve a la derecha unida al Peñón llegó a ser ocupada en uno de los ataques por los moros, y fué recuperada en brillante asalto de nuestros soldados.

PARA evitar la piratería de los corsarios rifeños, el año 1508 el Conde de Navarro tomó posesión del Peñón en nombre de los Reyes Católicos.

El 1522 la astucia de los moros lo arrebató a la excesiva confianza de sus defensores.

En 1564, el capitán D. García de Toledo lo reconquistó, por mandato de Felipe II.

En 1872 el general Fernández de Córdoba presentó un proyecto a don Amadeo, en el cual se decía en el artículo 4.º:

«El Cuerpo de Ingenieros del Ejército practicará los hornillos necesarios para hacer volar la roca en términos de que no pueda volver a sustentar ningún otro establecimiento.»

El Peñón de Vélez de la Gomera es un islote rocoso, sin ninguna vegetación ni el más mísero manantial de agua. Se encuentra a menos de 100 metros del Continente, frente a la playa de Bades, por la que llega al mar el Uad Támeda, al mismo límite de la kábila de Bocoya. La cota máxima del acantilado tiene 85 metros. La isla es un peñón de forma irregular, de 100 por 200 metros de base, unido por un istmo a otro peñón, de más reducidas dimensiones, a cuyo peñón se le denomina «la Isleta».

Cartas del Norte

:: Un paseo :: por Laponia

Navegamos por la inmensidad nebulosa del Océano Glacial, el capitán Klemark, del buque ballenero *Tana*, nos ha invitado a una excursión por la Laponia.

Muy de mañana hemos partido de Hammerfest, la ciudad más septentrional de Europa; abandonamos el puerto pintoresco, con sus altas empalizadas de madera y sus almacenes impregnados de un olor sofocante a pescado ahumado, a salazones, a aceites de bacalao y de ballena.

A lo largo de la costa vamos sorteando islotes rocosos, sin la más leve presencia de arbustos; de vez en cuando pasamos ante humildes puertos donde hay unas barcas varadas, cuatro o cinco cabañas de pescadores y varios cobertizos, bajo los que cuelgan centenares de pescados puestos a secar.

A lo lejos, cuando cruzamos ante la isla Magero, vemos el cabo Norte, roca inmensa, que da una sensación de majestad y grandeza. Es un promontorio tallado a pico y cubierto de una nieve centelleante bajo los rayos del Sol, que avanza bravío, en el mar detonalidades grises.

Cruzamos ante Kielvik; Berlavaag, Gransvik, grandes barcos de pesca anclados en los puertos, de nos aparecen festoneados por bacalaos mecidos en los secaderos que se extienden de proa a popa; flotillas de barcas laponas rodean el *Tana* ofreciéndonos el producto de su pesca; hay una animación y una actividad que no esperábamos encontrar en estas latitudes.

—Laponia se extiende—nos dice el capitán Klemark—desde el círculo polar hasta las costas septentrionales de Noruega. Tiene una extensión de 35.000 kilómetros cuadrados de superficie con unos treinta mil habitantes.

Hay montañas de más de dos mil metros de altura, con glaciares, algunos como el de Svartis, de unos veinte kilómetros de largo por treinta o cuarenta de anchos... Toda la costa Noruega está bordeada por islas laponas.



... Un viejo patrón ayudado por sus dos hijos consiente en conducirnos en su barca ...

—Si nos corriéramos algo más al Este veríamos la montaña llamada de «los pájaros», cuyos acantilados están siempre cubiertos por millares de aves marinas que allí han establecido sus nidos.

Pero nuestro viaje tocaba en el *Tana* a su fin por ahora; después de dos días de agradable excursión marítima enfilábamos la entrada de Varangerfiord, y anclamos en el puerto de Vardö; queremos ahora curiosear un poco en tierra firme.

Como la mayor parte de los puertos laponos, Vardö se encuentra en una pequeña isla a la entrada de una bahía rodeada de colinas rocosas. Apenas tiene este puerto dos mil habitantes, pero su comercio es muy activo, y los barcos son muy numerosos en la rada.

Grandes almacenes, fábricas de aceite de pescado, inmensos secaderos y cobertizos, cubren todo el frente del puerto y parecen anunciar una ciudad importante; pero detrás de esta aparatosa escenografía industrial, apenas hay nada; algunas barracas de madera y depósitos de pescado que apestan a un kilómetro; y aquí y allá humildes cabañas de maderas y pieles.

Abandonamos Vardö, trasladándonos a la inmediata ciudad de Varangerfiord, agradablemente situada junto a las altas montañas que bordean la Laponia finlandesa.

Mis compañeros de viaje acuerdan remontar el río Tana; queremos ver de cerca a los laponos sedentarios de las márgenes de los lagos y a los agricultores de la montaña; un viejo patrón ayudado por sus dos hijos, consiente en conducirnos en su barca hasta Karlbunden, al fondo de un desfiladero de varios kilómetros; a medida que avanzamos;



... A las puertas de sus cabañas las familias se dejan retratar y en primer término colocan a sus pequeños, rollizos y sanotes ...

hacia el Oeste, el desfiladero se estrecha y las montañas se elevan; en ambos márgenes del río vemos numerosas cabañas de pescadores; después la costa se hace más pintoresca: una cadena de montañas sigue toda la sinuosidad del río, el terreno va luego descendiendo, y a las cinco horas de navegación nos encontramos en una riberita desierta, de escasa vegetación, sin caminos y sin trazas de habitantes.

Mirando en todas direcciones apercibimos dos o tres cabañas laponas que a alguna distancia se las confundía con una roca.

A los gritos del batelero, se muestra una cabeza por entre las grietas de la tienda, después otra y otra; toda una familia se nos presenta al fin, saludándonos con temerosa desconfianza, que va desapareciendo al convencerse que somos hombres de paz.

Nos aproximamos y nos invitan a entrar en las cabañas; con el pretexto de la prisa para reanudar el viaje, rehusamos penetrar en estas covachas infectas, de metro y medio de alto, y en las cuales hay que penetrar a gatas.

Fumamos unas pipas, ofrecemos unos tragos de aguardiente y se dejan retratar agrupándose cada familia ante su tienda; en primer término sientan a los pequeños rollizos y sanotes. ¡Excelente propaganda para el aceite de bacalao! Porque no cabe duda que esa es la base de la alimentación de estos gordiflones.

Los lapones sedentarios y los nomadas visten lo mismo: blusones blancos, rojos, azules o negros con cuellos y galones de tela de distinto color: cinturones de cuero de donde pende el inseparable cuchillo, zapatones, pantalones de piel de reno y unos casquetes altos de colores vivos. El traje de las mujeres y de los niños son semejantes al de los varones.

Son de poca talla, pómulos salientes, ojos oblicuos y color amarillo; se alimentan de harina hervida con agua o leche y pescados salados o ahumados.

Los sedentarios se dedican a la pesca o al cultivo de avena, cebada, centeno y patata; la principal riqueza de los nomadas son los renos; cada familia posee cuando menos medio millar de estos animales y con ellos se trasladan de un punto a otro evitando las inclemencias del tiempo; los lapones de Suecia, van en invierno a las costas de Noruega y los de este país pasan el invierno en Suecia.

Unos tragos de aguardiente pusieron término a nuestra charla, y montando en la barca descendimos por el Tana.

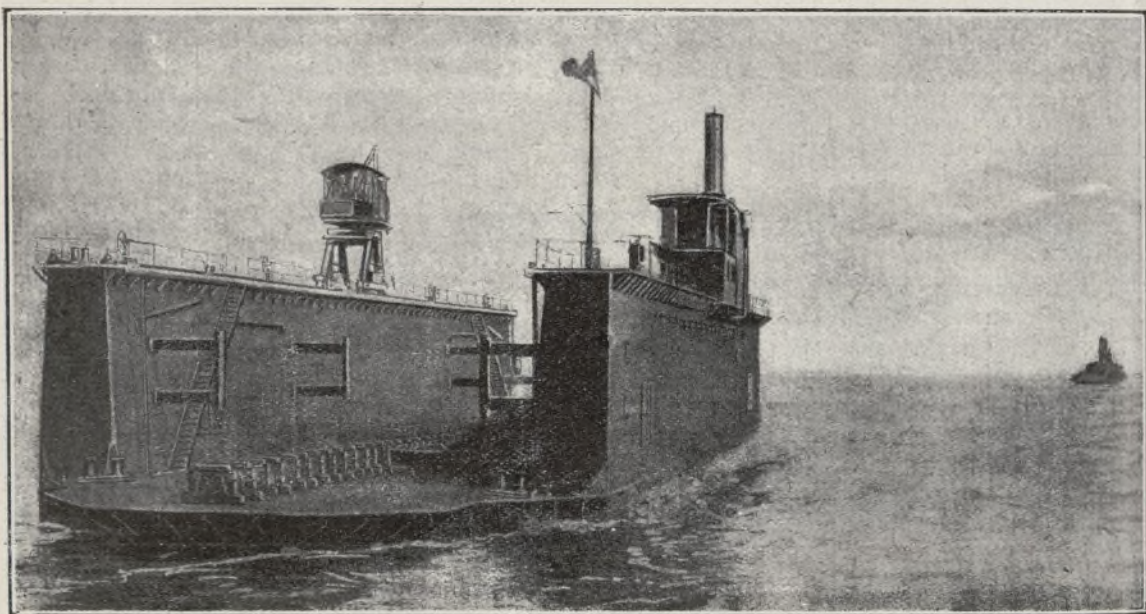
Dos días después abandonamos Vardö y amablemente acogidos por el capitán Klemark regresamos a Hammerfes.

JORGE DE LA MAZA



DE CIENCIA NAVAL

LOS DIQUES FLOTANTES



Pequeño dique, especialmente construido para la reparación de los submarinos.

En estos últimos tiempos, las necesidades de la navegación han originado un gran desarrollo en la construcción de diques flotantes.

Tienen muchos partidarios los antiguos diques secos, mientras los modernos flotantes son encarnizadamente defendidos por otros.

En realidad, cada uno de ambos sistemas tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Una cala seca de fábrica es de duración indefinida y el gasto se hace de una vez. Construida en una mar en que las mareas se acentúan, basta aprovecharlas para llevar al dique el barco que se ha de reparar y dejarlo en seco, echando las compuertas cuando bajan, mientras los diques flotantes hay que desagüarlos a fuerza de bombas, lo que supone tiempo y gasto. También tienen una vida limitada.

En cambio, su construcción es más pronta, no demandando años y más barata, puesto que no cuestan las sumas de millones que los otros.

Por otra parte, como las dimensiones de los buques van en aumento cada día, una cala seca va reduciendo sus servicios a los navíos que puede albergar, porque no es susceptible de ser ampliada, y las almadías flotantes, por su coste y condiciones pueden repetirse con las dimensiones apetecidas.

Esto, aparte de la ventaja de poder transportarlas a donde convenga y de aplicarlas a diversos usos.

El dique flotante puede llevarse en busca del barco averiado y en el mismo lugar dejarlo en seco y repararlo, o conducirlo al puerto, según la importancia de la avería.

Los movimientos de inmersión y emersión, principales del dique, para admitir al buque herido y elevarlo en seco, se efectúan mediante compartimientos estancos de que está provisto, que con el auxilio de potentes bombas se llenan o vacían de agua, dándole pesantez o aligerándolo.

Hay de estos gigantescos aparatos en forma de U y en forma de L. De los primeros existen dos tipos: de una sola pieza y de tres.

Los de una tienen la ventaja de gozar de una rigidez absoluta y de mayor solidez que los otros; pero no pueden proveer a su propia reparación como los divididos en tres partes, que son capaces de constituir un dique con dos de ellas y reparar la tercera.

Estas partes o secciones, puesto que se denominan seccionados, se hallan unidas entre sí por pernos fortísimos bajo el agua y por remaches sobre la línea de flotación.

La operación de elevar el dique cuando tiene el barco reparable en su seno, es delicadísima.

Es un aparato inmenso al que se agrega el peso, que puede ser un acorazado. El menor desequilibrio podría ocasionar una catástrofe.

El comandante o director de la operación está en su cabina del puente, donde un indicador le señala en todo momento el agua que tiene cada compartimento. Sus órdenes son ejecutadas con absoluta precisión, hasta conseguir el propósito.

Los que afectan forma de L porque no tienen más que una pared, no pueden apartarse del puerto por estar unidos por brazos articulados que les permiten subir y bajar a la construcción fija en tierra, que los asegura y completa.

Por último, los diques flotantes son utilizados en muchas e interesantes maniobras, entre ellas para las pruebas de resistencia de los submarinos.

En la actualidad todas las potencias marítimas que cuentan entre sus elementos de combate los sumergibles, crean aparatos especiales para el salvamento rápido de ellos, cuando cualquier accidente les impide volver a la superficie. Estos aparatos pueden también llamarse diques de salvamento, pues su principio, en lo que se refiere al modo de levantar los barcos, es el mismo que el de los diques flotantes.

Estos diques pueden también utilizarse para embarrancar barcos pequeños naufragados.

Un tipo muy reciente de dique flotante bastante ingeniosamente concebido, es el construido en los astilleros de Girona para el transporte de los submarinos allí construídos y que han de transportarse a países lejanos.

El material empleado en la construcción de los diques flotantes, es el hierro o acero, y están construídos por esqueletos formados con vigas armadas, dispuestas transversal y longitudinalmente, sobre cuyos bordes exteriores se remachan las planchas que constituyen la envuelta exterior que forma el cajón total. La condición de estanco que ha de cumplir un dique, exige que se construyan con los mismos cuidados que los cascos de los navíos.

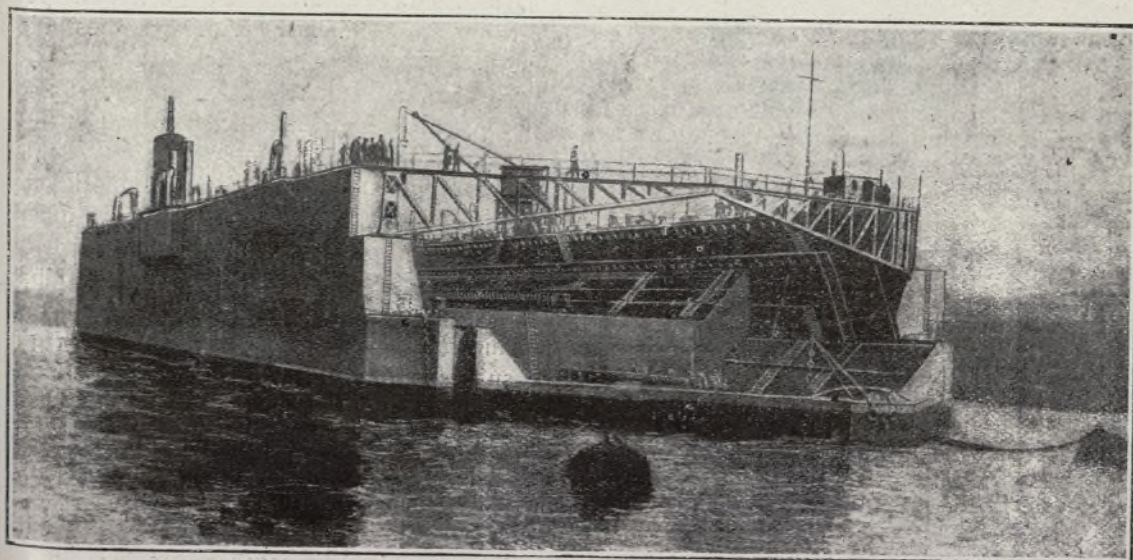
De los diques forman parte integrante los *barcos-puertas* y sirven para obtener el cierre estanco de aquellos, a fin de poder achicar el agua en su exterior.

Un barco puerta, es en principio un cajón de forma adecuada para que pueda flotar achicado y varearse en la entrada del dique; hay dos tipos de barcos puertas, uno con flotadores y otros sin ellos.

*
**

Antes de la entrada de un barco en dique, tanto para los flotantes como para los secos, es preciso formar su cama con los *picaderos*, es decir, hacer que estos reproduzcan con curvatura inversa la línea de la quilla del barco.

Una vez arreglada la cama, se llena el dique e introduce el navío, se coloca el barco-puerta que cierra la entrada y empieza el achique mientras el barco va quedando en situación conveniente, en su cama y apuntalado en vigas de madera. Entonces se procede a la limpieza o arreglo del casco. Para salir del dique se llena éste de agua hasta que flote el navío y separando el barco-puerta, sale el barco arreglado del regazo de su nodriza.



Dique flotante del almirantazgo británico instalado en las islas Bermudas.



La función crea el órgano



Es una ley natural: la función crea el órgano y la falta de función le atrofia.

Existe en una caverna americana, donde jamás penetra la luz, una especie de peces sin ojos: en lugar de estos tienen una leve verruguita bajo la que duermen atrofiados los órganos de la visión.

El hombre primitivo, obligado a luchar con

las fieras, a andar desnudo, a trepar por los árboles, tenía uñas como garras, el cuerpo cubierto de espesa pelajambreira y los brazos largos y ágiles.

El uso del vestido le suavizó la piel; la falta de ejercicio y el empleo de armas, hizo innecesaria sus garras, y atrofió su musculatura... Y hemos llegado a esta dulce época, en la que las uñas se convierten en sonrosadas almendritas.

Viriato que en paz descansa, ponía una piedra con su honda a un kilómetro de distancia: Calígula de un bocado partía un coco: pruebe V. a tirar una peladilla o a roer una castaña pilonga y verá cuanto hemos venido a menos. ¿Está claro el preambulo?

*
*
*

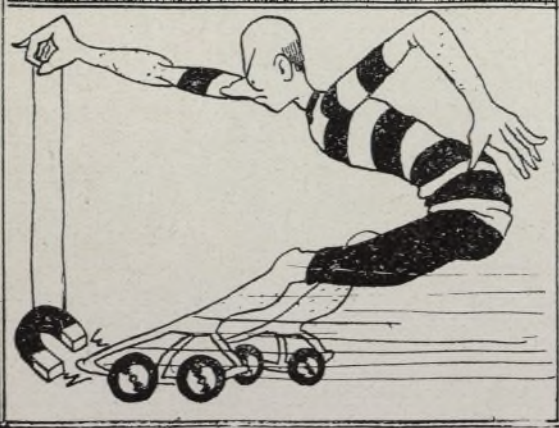
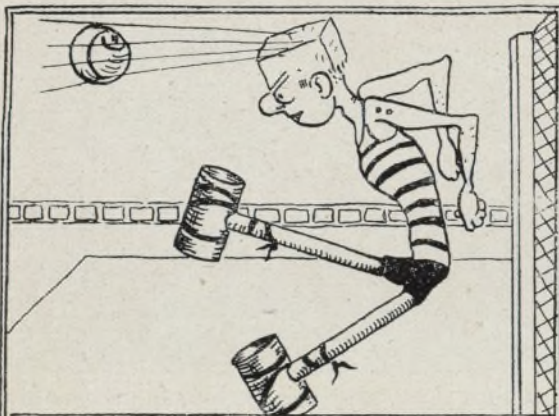
Pero las uñitas como hojas de rosa y los dientes de mantequilla son síntomas de degeneración: A la humanidad le ha horrorizado presenciar el decaimiento de la raza y para contrarrestar la decadencia ha puesto en moda los deportes, esperando de ellos una vigorización de la especie: y ya los músculos de esta generación que nos empuja, se van templando como el acero: nuestra juventud, pedalea, salta la barra, patina, corre, juega al balompie...

¿Pero no traerá el uso de tanto deporte una evolución de la raza?

¿No llegará la naturaleza a dar al hombre perfecto profesionalmente? La lógica nos dice que sí,

¿Será esta teoría fantástica creación de un cerebro calenturiento? La lógica nos dice que no.

El *fotbalista*—por ejemplo—necesita contener el balón que le lanza el bando opuesto y lanzarlo a su vez con los pies: ¿para que quiere los brazos y las manos el fotbalista, si es delito emplearlos? ¿y que papel juegan en el foollbal, los dedos de los pies, ni los tobillos? También es un inconveniente la redondez de la cabeza que en su misión de detener la pelota conviene que presente superficies planas. Si admitimos la teoría del órgano adaptable a la función, llegaremos a obtener seres de cabeza cuadrada, armados en las extremidades inferiores, por dos mazos. En compensación los brazos se atrofiarán hasta convertirse en apéndices, como colitas de ratón.



En las carreras de velocidad las manos son poderosos auxiliares: y es un perjuicio el actual armazón de las piernas: si una de ellas la tiene el corredor en el pecho y la otra en la espalda, a la mayor abertura del compás corresponderá un salto mayor: actualmente el corredor se agacha, contorsiona las piernas, estira los brazos hasta rozar el suelo con los dedos: pero los excelentes corredores-padres, artificialmente contorsionados nos darán hijos adaptados ya para la carrera a los que será imposible sacarles ventaja para alcanzar la meta.

Será también deliciosa la industria natural de los patinadores con pies circulares, con sus llantas de goma para deslizarse suavemente por las superficies heladas: los «ases» del patín vendrán al mundo con las ballestas aceradas, y se traerán por añadidura un imán para iniciar los arranques...

Y ya pueden malbaratar las pertigas que les queden, los comerciantes en útiles de deportes: porque los buenos saltadores, tienen ya un tal exuberante desarrollo en el brazo derecho, que les sirve a maravillas de garrocha: al hombre pertiga no hemos de tardar, viéndole tomar una cerveza mientras ondea como un gallardete elevado en el asta de su brazo derecho.

¿Y como explicarnos que llegue a existir un corredor de resistencia, mientras no dispongan los aspirantes mas que de dos pies, como el resto de los mortales?

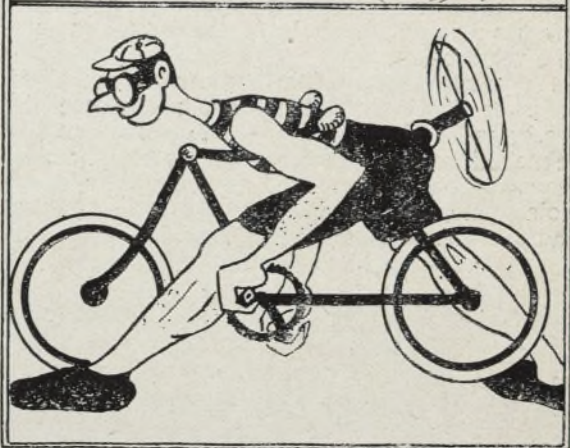
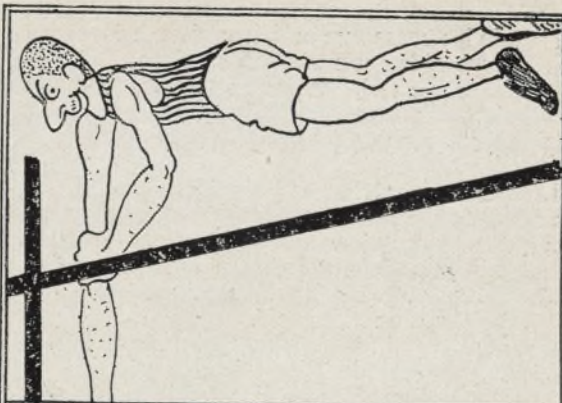
El buen corredor necesita—y llegará a poseerlos—tres pies en cada pierna: imprimiendo velocidad a esos elementos, surtirán el efecto de dos ruedas: ¿y quien le disputa el premio a un hombre de esta guisa?

Si los informes que me remite un corresponsal neoyorquino, son ciertos, en América existe un ciclista, hijo de ciclista y nieto de velocipedista, que ha experimentado ya una ligera evolución profesional: del coxi le ha brotado un espigón ose, que le sirve de eje para una hélice que se adiciona, cuando monta en la máquina: y no es correr, es volar, lo que hace en la máquina el original americano.

Por idénticas causas, obtendremos, el hombre-ave, el hombre-pep, el hombre-noria, el hombre-algibe.

Los dibujos que «iluminan» estas impresiones dan la sensación exacta de cómo deben ser científicamente los profesionales de los deportes.

El futbolista, químicamente puro, necesita esos



mazos; el hombre de la pertiga no estará completo mientras no adquiera excepcional desarrollo de su brazo derecho; el perfecto corredor requiere la media docena de pies que le adjudica la inspiración del artista, y el hombre de la bicicleta obtendrá el máximo de la velocidad cuando pueda atornillársele una hélice en el coxi...

Y si esto no se realiza, podemos enviar a paseo al autor de la teoría «la función crea el órgano»

ROBERTO DE VIVAR.

LA ESCASEZ DE VIVIENDAS

Una de las cosas que más necesita en la actualidad la humanidad son viviendas.

La escasez de viviendas no es defecto que padezca Nueva York, Londres, Madrid o alguna otra capital, debido a reformas urbanas o aumento de población.

La escasez de viviendas es universal; es una de las sorpresas que nos tenía reservada la postguerra; parece como si en vez de morir en la guerra varios millones de hombres, hubiesen funcionado en los campos de batalla incubadoras mecánicas, multiplicadoras de la especie.

De todas las ciudades surge el mismo lamento ¡no hay casas!

La falta de casas plantea un problema social; en un mismo piso se aglomeran una o varias familias; se subarriendan habitaciones, se vive en una promiscuidad, en un apiñamiento, que destruye la idea del hogar, que empuja a las personas a la calle, y que es campo abonado para el contagio epidémico moral y material.

Las autoridades, los municipios, no dan mucha importancia al asunto; tal vez por que no afecta a las clases pudientes que disponen de magníficos hoteles, o de suntuosas casas propias; es un problema de la clase media y del proletariado.

En Madrid—por ejemplo—se proyectó construir una gran vía; y sobre el plano, se hizo el trazado espléndido de anchura y de capacidad extraordinaria en las edificaciones; y para construir una gran calle y un centenar de edificios, fué preciso derribar más de un millar de casas, distribuidas en quince o veinte calles.

...Y ya tenemos a medio edificar la Gran Vía, y sus casas dedicadas a comercios, hoteles, sociedades, grandes almacenes u oficinas. Las quince o veinte mil familias que habitaban las desaparecidas casas, como nadie se ocupó en prepararles nuevo alojamiento, tuvieron que infiltrarse en las ya ocupadas; el exceso de demanda sirvió de paso para



... y esta media barca, no es precisamente un Hotel Ritz, pero da una sensación de hogar.



Un viejo vagón puede convertirse, con algo de ingenio, en un hotel pintoresco.

encarecer los alquileres que han llegado a alcanzar precios exorbitantes.

Y como se construye poco, y lo que se construye muy lujoso para cobrarlo caro, y ni sociedades ni empresas abordan el negocio de la edificación económica no sabemos a donde se llegará; y es una preocupación para mucha gente el poder dormir bajo techado.

Pero la necesidad que es madre del ingenio, ha obligado a pensar a muchas familias en el sustitutivo de la casa de mampostería; y ya hemos tenido ocasión de ver en las afueras de Madrid una familia que habita en un viejo carro de mudanza, montado sobre unos soportes de ladrillos.

La cosa no es original: Ya hace tiempo que los botes y vagones viejos se aprovechan para vivienda:

Algunos de estos vehículos se utilizan en Inglaterra, quitándoles ruedas y resortes y con un poco de arte, rodeándolos de un pequeño jardín, y cubriéndolos de plantas trepadoras, llegan a ser hasia pintorescos.

En cuanto a los barcos viejos, su fin no es menos original algunas veces, como lo hemos observado en un reciente viaje.

Al ir de Perpiñán a Barcelona, si en la bifurcación del Empalme se sigue la línea del litoral, todo el trayecto ofrece mucho atractivo. A la izquierda extiéndese el Mediterraneo sin límites; la vía férrea costea el mar tan de cerca, que a veces las olas lamen las ruedas del tren; y a la derecha, risueños e inundados de sol, los pueblecillos se suceden rápidamente. Algunos de sus habitantes, pescadores de oficio, aprovechan las embarcaciones viejas de una manera muy singular: despues de aserrarlas transversalmente, las tumban en la playa, y conviértienlas en cabañas muy pintorescas; tres o cuatro malas tablas, toscamente unidas, forman un cañón de chimenea; y algunas velas viejas, o un poco de ramaje, unido con arcilla, sirven para tapar la abertura por donde se penetra en esas singulares viviendas. Los viajeros que hayan recorrido el corto trayecto desde el Empalme a Barcelona, habrán observado seguramente esta ingeniosa manera de formar una vivienda con poco gasto.

Y sobre todo cuando no hay pan, buenas son tortas.



EL PRIMER SOMBRERO DE PAJA

Hoy he visto el primer sombrero de paja. El primer sombrero de paja es el acontecimiento más sensacional de la temporada; debía crearse una medalla conmemorativa y un premio anual para los héroes que se lanzan a la calle con el número uno de los sombreros de paja.

Ni los sombreros se atreven a colocar en los escaparates el simpático cubrecabezas hasta que se enteran que el «as» de las iniciativas ha estrenado el suyo.

El da la pauta de la moda, es el blanco de todas las miradas masculinas y aun de las suyas, porque al pasar, de reojo se va mirando en la luna de los escaparates...

Al salir de casa, ya el portero ha puesto el primer comentario admirativo:

—Buenos días, señorito... ¿De verano...? Ya era hora, ya...

Las oficialas de un taller de plancha vecino han revoloteado hacia la ventana al verle.

—¡Ay!... Un sombrero de paja...; mira, mira...

La maestra, alargando el cuello, curiosa, apoyada en la plancha:

—Es el señorito del segundo. ¡Tan cursi como siempre...!

Durante todo el trayecto de aquel día de estreno, va dejando atrás una estela de monólogos y diálogos:

Un señor que va solo: —¡Caramba!, hay que ir pensando en el sombrero de paja... A buen precio estarán este año... Y es el caso que el del año pasado lo tengo casi nuevo...

Dos amigos: —Fíjate, fíjate, aquel tío...

—¡Qué feos son este año...!

—La copa no me gusta.

—¡Y qué ala!; fíjate que ala... Yo no me pongo eso...

Unos novios: —Mira, Fichu, ¿te gustan?

—Sí; muy bonitos... ¿Lo vas a comprar ya...?

—Cuando quieras...

—Cómpralo esta tarde...

—Para que lo tuestes pronto..., ¡morenaza!

—¡Estate quieto, hombre!

Un golfillo (cantando): —¡Don Nicanor, tocando el tambor...!

Un caballo (en el punto de coches): —¡Te daba un bocado!

El cochero: —¡Exageraciones...!

Un matrimonio: —Ese es un sombrero bonito, y no lo que tú compras...

—¡Mejor!

—¡Por llevarme la contraria!

—¡Bueno!

—¡Por mí, como si quieres ponerte una mitra!

—¡Pero mujer!

El del sombrero sigue recorriendo calles; si se nubla el día, palidece pensando con terror en si cayeran cuatro gotas... y aligera el paso.

A la hora de la cena, en cinco mil casas se habla de la novedad:

—Hoy he visto el primer sombrero de paja...

Varios días después empiezan a llenarse de sombreros los escaparates...

... Y durante quince días se ven por las calles a centenares de señores con el sombrerito en la mano, envuelto en un papel de seda; se les nota un poquito azorados, como si hubiesen robado el paquete...

RAGIRO

EL LORO

El loro es un error de la naturaleza, error que ha sido corregido por la cotorra. El loro que tiene el don de la palabra, abusa de ella con intolerables gritos dignos de un tenor aplaudido.

Triste es decirlo, pero la verdad antes que todo. Si los loros y las cotorras se encuentran tan cómodamente en la sociedad del hombre, si se miran como antiguos conocimientos, si les piden la limosna de su desayuno con un tono de voz tan melifluido, es porque la naturaleza los ha destinado a vivir en la sociedad de los cuadrúpedos. Sin educación primera todo animal ama o teme lo que sus instintos le aconsejan amar o temer.

Los loros y las cotorras son los parásitos de los monos; vuelan sin cesar alrededor de los árboles, donde estos histriones de los bosques rompen las cortezas de los frutos, devastan el árbol del pan, cascan las cáscaras de las nueces, rompen las cáscaras de los cocos; nuestros pájaros habladores, cuyo pico es demasiado débil para semejante trabajo, recogen las migajas del festín, e instruidos en la escuela oratoria de los monos, les dan gracias imitando sus chillidos, y les dicen como pueden, que se han desayunado muy bien.

Así la buena acogida que estos pájaros hacen al hombre no es muy lisonjera para el género humano. Verdad es que debemos decir también que un loro y una cotorra no pueden tener en el ojo aquel tacto y delicadeza de gusto que hace distinguir a un viejo fauno del Apolo de Belvedere.—Quizá también el pájaro reconoce que el hombre es más hermoso que el mono; razón de más entonces para que busque con más placer su sociedad. Lo que hay de positivo, es que los pájaros que no tienen necesidad de los monos para vivir con lujo, son muy tímidos y temen al hombre como a un buitre *aptero*, es decir, sin alas.

Los loros y las cotorras tienen en los bosques las costumbres glotonas que les conocemos en las ciudades, en sus jaulas. No se contentan con la frugal comida de granos, lo codician todo; se agitan delante de todas las golosinas, y piden probar de cada plato que se pone en la mesa; les gusta por insaciable glotonería todo lo que al hombre parece gustarle. En la vida libre de los bosques de la India, estos pájaros tienen sin duda apetitos más voraces; su pico puede muy bien destrozar una caña de azúcar, como



El loro pasa su infancia pordioseando las migajas que abandonan los monos en sus correrías por la selva...

desgranar una espiga de arroz, pero la diversidad en los platos en su pasión dominante, entonces se ven obligados a seguir de árbol en árbol a los monos, esos cuadrumanos tan glotonos como ellos y más hábiles en variar su festín.

Entre los dones diversos que la naturaleza ha dado a los animales, ninguno hay que atraiga tanto la atención del vulgo como el de la imitación de alguna de las acciones del hombre. Por eso el mono y el papagayo ocupan un lugar tan grande en su estimación. Hombres hay que pasarán con indiferencia por delante de un magnífico paisaje, y se pararán una hora entera delante de un loro, maravillados de oír algunas palabras de la lengua humana salir de la garganta de un pájaro. En la capital de los Césares se vendía más caro un loro que un hombre, y no sé verdaderamente hasta dónde hubiera llegado la admiración del pueblo por el mono, si como el loro hubiese tenido la facultad de hacer oír algunos sonidos articulados. Y sin embargo, basta la más simple observación para demostrarnos que no hay en esta repetición mecánica de las palabras nada que pueda hacer suponer otra cosa que una analogía más grande en los órganos vocales, unida a una particular sensibilidad del aparato auditivo, y a la reminiscencia más viva de las sensaciones recibidas por el oído.

El loro repite palabras como el mono los gestos sin darle sentido ninguno, diciéndolas vengan o no vengan al caso y a todo el que se presente.

Los loros pertenecen por la organización de sus

encerrando en oposición con lo que se vé en los demás pájaros, una lengua espesa y carnosa. Sus dedos son cuatro, dos delante unidos por una pequeña membrana, y los dos de atrás libres. Sus alas medianas pero fuertes. Su laringe inferior en la que se produce la voz, es de una estructura bastante complicada.

Se sirven de su pico como de un punto de apoyo cuando trepan, y se valen de sus pies para tomar los alimentos que se les ofrecen o arrojar los que no les gustan. Su alimento consiste principalmente en frutas, yemas de los árboles, en granos, en almendras que saben mondar diestramente de sus cáscaras. Destrozan los lugares en que habitan echando a perder muchos más alimentos de los que necesitan para su consumo, y son muy temidos de los colonos, que emplean todas las precauciones posibles para apartarlos de los campos recientemente sembrados. Se ha notado que muchas sustancias cuya acción es muy inocente sobre otros animales son venenosas para los loros: tal es el peregil, por ejemplo.

No se encuentran los loros sino en la zona tórrida donde habitan por bandadas en los bosques. En los troncos huecos, o más raramente en la cima de las ramas más altas construyen sus nidos formados de palitos o de ramitas diestramente entrelazadas y guarnecidas interiormente con hebras de yerbas o con sus propias plumas; la hembra pone de dos a cuatro huevos que empolla con constancia mientras que el macho colocado sobre una rama a alguna distancia, vela sobre todas las necesidades de la hembra. Las diferentes especies viven cada una por su lado, por familias, sin mezclarse jamás entre sí. De todos los pájaros son los que parecen sentir menos el perder su libertad y vivir en una jaula. Cautivos, muestran un natural colérico, bastante malo y se hacen muy importunos por los chillidos que dan; aprenden con facilidad cuantas palabras oyen y según algunos observadores son susceptibles de una educación musical. Hay algunos que cantan canciones enteras.

Este género de pájaros muy numeroso, ha sido subdividido en muchos grupos, de que los principales son: los *aras* del nuevo continente, los más magníficamente adornados de todos los loros; las *kakatuas*, los loros más grandes del antiguo mundo, que se distinguen por su plumage blanco y el moño de que está adornada su cabeza; las *cotorras* distintas de los loros, propiamente dichos, por su cola larga y recortada, mientras que la de los loros es corta y cuadrada.



pies al orden de los trepadores, en el que se distinguen por un pico corto, grueso, muy fuerte, convexo por arriba y por abajo, encorvado sobre la punta de la mandíbula superior, más larga que la inferior, cubierta en su base de una membrana, y

LOS FUSILADOS



En la guerra carlista marchaba un día de verano y a vanguardia de una columna una compañía, cuyo capitán, fiel cumplidor y militar de *buena cepa* (cuando de cepa se hacían los militares), era hombre de buen humor, capaz de burlarse del mismo Perico Botero, si lo hallara en su camino, siempre que la burla no perjudicase la disciplina ni el buen nombre del uniforme.

Aconteció que al mediar el día, en un soto frondoso encontraron a una partida de segadores, que pareciéndoles agradable, habíanse parado en aquel sitio a descansar de su fatigosa caminata.

El capitán les interrogó detenidamente, sacando el convencimiento de que era aquella *gente de paz*, por lo que les iba a dejar en completa tranquilidad; mas pensando divertirse un rato con ellos, cambió de parecer, y mostrándose indignado con gestos violentos, hizo creer a los atónitos segadores que les tomaba por espías, y que en el acto les iban a fusilar.

De todos es conocida la crueldad de aquella guerra, cuyos procedimientos «expeditivos» sabían bien los caminantes, así que lloraron se arrastraron a los pies del capitán,—que cada momento estaba más terrible,—haciendo protestas de su inocencia y pidiendo entre alaridos y frases laudatorias, no les aplicasen castigo tan innecesario.

Todo fué inútil; con gran lujo de detalles se destacó un piquete (cuyos soldados, de antema-

no descargaron sus cartuchos quitándoles las balas), y formando en una fila y de espaldas a los infelices que castañeaban los dientes de espanto, les apuntaron las armas, y a la voz de mando, sonó la descarga cayendo boca abajo todos los segadores como si los hubiera herido un rayo y estuvieran tan difuntos como sus tatarabuelos.

Los soldados no podían contener la risa; el capitán ordenó en voz alta quedasen insepultos aquellos cadáveres, para escarmiento de espías y traidores, y la compañía continuó la marcha dejando como cayeron los segadores, que realmente parecían estar difuntos.

Al poco rato llegó al mismo lugar más fuerza de la columna, y al ver los cuerpos tendidos simétricamente, el jefe se acercó con el fin de ver qué era aquello, examinó detenidamente a los segadores, y viendo que no presentaban heridas ni señales de violencia, y que, al contrario, respiraban y parecían dormidos, tocó a uno de ellos para despertarle; y como no obtuviera contestación lo sacudió cada vez con más fuerza, hasta llegar a la mayor violencia; el segador que a pesar de su calidad de muerto; era accesible a los efectos de los golpes, abrió los ojos, y el jefe al verle le preguntó.

—¿Que hacéis aquí?

—¡Ah! señor—respondióle con voz muy triste; no podemos contestarle; estamos fusilados—y amarró la cabeza contra el suelo como si se voliese a sumir en el descanso eterno.

J. MARTÍN RUIZ



LAZARILLO ESPAÑOL : por CIRO BAYO

(Obra premiada por la Real Academia Española).

(Continuación).

cal, aplicando el crisma de su hálito a los infantes y dando a besar el Cristo a las madres. Las cuales diéronle, quién una hogaza, quién una limosna en dinero sobresaliendo entre todas una ventera, que colmó de morapio la exhausta bota, por ciertos latines de ritual que de Adehala le sirvió el hermano Pedro.

Aunque conocí que en este hombre había más malicia que ingenio y más camándulas que latín, al salir a la carretera le pregunté:

—¿Ha sido usted donado de algún convento?

—¿Por qué lo preguntas?

—¡Como se mueve usted tan holgadamente con estas faldas, que parecen hechas a su medida, y además reza usted en gringol!

—De poca cosa te admiras. ¿No oíste decir que el hambre enseña al papagayo a dar los buenos días y a hablar a las picazas y a los cuervos? La necesidad aviva el ingenio. ¿Estás viendo cómo este hábito me abre todas las puertas? Pues escucha ahora cómo me lo procuré. Ya sabrás las piasdosas costumbres de nuestros paisanos de hacerse amortajar con un hábito religioso. Muchos creen poder pasar disfrazados la puerta del Paraíso, poniéndose el hábito dominicano o el cordón de San Francisco. Es la mortaja más cumplida y más barata. Por una pequeña limosna cualquier convento cede un hábito de la medida que se quiera. Con tal industria me he puesio el uniforme de todas las Ordenes mendicantes, y ahora le toca el turno a la jerga franciscana, que yo prefiero a todas, por ser la más sufrida y por su matiz humilde de ceniza y polvo.

Este hombre, sin saberlo, parafraseaba aquello de Voltaire: «El traje de capuchino se presta admirablemente a excitar la compasión de los hombres, la devoción de las mujeres y el miedo a los chiquillos».

—Y ¿usted cree en ella?—hube de preguntar candorosamente.

—No sé qué te diga; pero a fuerza de atribuírmela los demás, casi estoy persuadido de que la tengo.

—Entonces, ¿no tendrá usted miedo a los perros?

—Los hay tan herejes que se burlan de cruces y exorcismos; a bien que a los tales los conjuro con este San Benito de Palermo.

Se refería a la formidable garrota que le servía de báculo.

* *

Anochecido llegamos a Ciempozuelos, lugar rico y populoso sobre la vega del Jarama.

Créi que, para evitarse cuchepletas y comentarios, allí se quitaría el hábito mi compañero; pero no lo hizo. Y fué a gran fortuna, como se verá.

Estaba en sus planes presentarse y presentarme a los hermanos de San Juan de Dios, a cuyo cargo está el Hospital Provincial, para pedirles cena y asilo por aquella noche. Pero estaba escrito que aviniera mejor.

Al pasar por una calle notamos mucho revuelo entre los vecinos, y nos paramos a curiosar. Algo grave ocurría cuando allí estaba el Juzgado y se veía muy intrigados al juez y a los ministriles. El plantón era ante una casa con la puerta cerrada, tras de la que ladraban furiosamente dos perros.

Lo que fuera no se sabía. Los vecinos estaban alarmados y el juez indeciso.

En esto se vió al alguacil hablar al juez señalando al hermano Pedro; asentir el magistrado a lo que decía, y venir hacia nosotros el ministro.

—De orden del señor juez, que se acerque usted—dijo a mi camarada.

—¡Buena la hubisteis, franceses!—pensé para mis adentros.—¿Qué llo será éste? ¿Llamada del juez? Cárcel segura.

—Oiga, buen hombre—oí que decía el magistrado a mi compadre—: ¿Es usted saludador?

—Eso dice la gente, señor juez.

—Nada de decires de la gente—repuso con voz acre el magistrado.—¿Sí o no?

—Señor juez...—tartamudeó el hermano Pedro, no sabiendo por qué lado tirar.

—Pues va usted a ser mártir o confesor—dijo categóricamente el juez.—Ahí dentro (señalando la puerta de una tienda cerrada) ladran dos perros rabiosos. Tome la llave, abra y pregúnteles qué ocurre, es decir, averigüe qué pasa dentro.

El hermano Pedro revistióse de valor y se dispuso a obedecer.

Diéronle la llave y una linterna, y abrió, encomendándose enérgicamente a su San Benito de Palermo. El Juzgado, los vecinos y yo entre ellos, lo mirábamos desde la acera opuesta.

¡Oh mágico hechizo de mi compadre! En menos de dos segundos le vimos salir del antro, sano y salvo, entre dos perrazos que le lamían las manos y le brincaban alborozados. Ningún domador de fieras, al salir de la jaula, recibió más estruendosos aplausos que los que él se ganó de los vecinos de Ciempozuelos.

El ruido de las palmas no me dejó oír lo que mi compadre diría al magistrado; pero sí vi que el juez se colocó adentro con el hermano Pedro y los ministriles, y que al poco rato volvieron a salir, llevando atraillados los perros.

Quedóse en la puerta mi héroe, quien con una seña me llamó a su lado.

Ya dentro los dos, cerró la puerta y me lo contó todo. Dos días antes el Juzgado había declarado la quiebra de un salchichero, dueño de un buen establecimiento, donde, además de embutidos de todas clases que constituían la parte principal de su surtido, se vendían artículos de salazón.

Como la cantidad que adeudaba era relativamente pequeña y la salchichería estaba muy acreditada, confiaba el dueño en que llegaría a un acuerdo con los acreedores y conseguiría la revocación de la sentencia de quiebra.

Entretanto, el Juzgado, según manda la ley, selló las puertas de la tienda.

Pero los curiales que practicaron la diligencia no repararon en que bajo el mostrador estaban acurrucados dos perrazos. Encerrados los animales, devoraron en los dos días cuantos embutidos pudieron alcanzar y se comieron todo el bacalao y todas las sardinas que vieron al descubierto.

Esta noche, hartos y sedientos, rompieron a ladrar ferozmente, alborotando la vecindad de tal suerte, que hubo de llamarse al Juzgado. O por si había ladrones, o por si los perros estaban rabiosos, nadie se atrevía a poner el cascabel al gato. En tal coyuntura, el alguacil, que era sin duda el más comprometido, reparó en un hombre de hábito de los que el pueblo juzga en seguida como santero o saludador y avisó al juez. De ahí la llamada y la subsiguiente comisión al hermano Pedro.

Visto por el magistrado el enorme destrozo que los perros habían hecho en la salchichería, mandó al alguacil que se los llevara, porque estaban a punto de rabiar. Y como de algún modo debía premiar el heroísmo de mi compadre, le hizo guarda y depositario de la tienda por aquella noche, hasta la mañana, en que se proveería.

Entonces el hermano Pedro pidió permiso para que le acompañara su compañero de viaje, y el juez se lo concedió.

—Ya ves si la fortuna nos la depará buena—concluyó mi hombre al final de su relación.—¿Quién te había de decir cuando saliste esta mañana de la corte, exhausto y alicaído, que a la noche dormirías en Ciempozuelos, compartiendo el usufructo de una salchichería?

La calificación fué muy apropiada, porque en seguida nos dimos a comer ricos embutidos; pero de los que colgaban y que no habían tocado los perros, ayudándonos a maravilla con el vino de la devota ventera. Y por si venían mal dadas hicimos provisión en las alforjas.

Dormimos plácidamente en un colchón que hallamos en la trastienda; y como no era cosa de tentar al diablo, con el nuevo día llevamos las llaves al Juzgado y nos relevamos del compromiso.

Ni vimos al dueño de la salchichería ni supimos de él. Lo más natural es que, al saber lo sucedido y darse cuenta de su definitiva ruina, se volviera loco y lo encerraran en el manicomio del pueblo.

LIBRO TERCERO

EN TIERRA MANCHEGA

I

LA RUTA DE DON QUIJOTE

De aquí seguimos para Aranjuez, distante unas tres leguas, sin que nos ocurriera nada digno de contarse.

Bien es verdad que no había por qué aguzar el ingenio para comer, pues íbamos bien provistos a costa del quebrado de Ciempozuelos.

Aranjuez es un delicioso oasis en medio del desierto que circunda a Madrid. Alabé sus sotos y alamedas, dehesas y fontanas, y saludé al padre Tajo, que por allí se desliza entre álamos blancos y negros, altos chopos, copudos fresnos, enredosos quejigos, vetustas encinas y seculares robles.

A los siete kilómetros, el mar de Ontígola, reducido a un charco de ranas. Cuarreaban atrocemente, y a mí se me antojó que lo hacían en alemán, repitiendo a coro la endecha que Schiller pone en labios de su Don Carlos:

*Die schoenen Tage in Aranjuez
sind nun zu Ende (1).*

Por fin llegamos a Ocaña, siendo lo primero que vimos su fuente monumental con 19 arcos de sillaría, abundante en caños, pilas, bebederos y lavaderos, y tan pródiga, que abastece de agua al vecindario y con el sobrante se riegan muchas huertas.

Hicimos noche en la población. Mi compañero llamó a la portería del convento de Dominicos, y el portero le recibió por fuero de hermandad.

—Hasta aquí te acompañe—díjome al despedirnos.—Supongo que no estarás quejoso de mi compañía. Adiós. ¡Buen viaje! ¡Buen camino!

..

Cuando me vi solo sentí una vaga sensación de tristeza. Pregunté por una posada, hice que me llevaran al pajar, y por un real dormí muy ricamente. Era el primer gasto que hacía al cabo de dos días de andanzas.

Con el alba me levanté de las pajas, sacudí la ropa, me lavé en la pila del patio, hice provisión de pan y vino y salí a la carretera. Esta se bifurca aquí en dos direcciones: a Andalucía y a Valencia, y como la cuestión era hacer tiempo y tenía por delante todo el verano, opté por el primer camino, resuelto valientemente a bajar a Córdoba y Sevilla.

(1) Pasaron los hermosos días de Aranjuez.

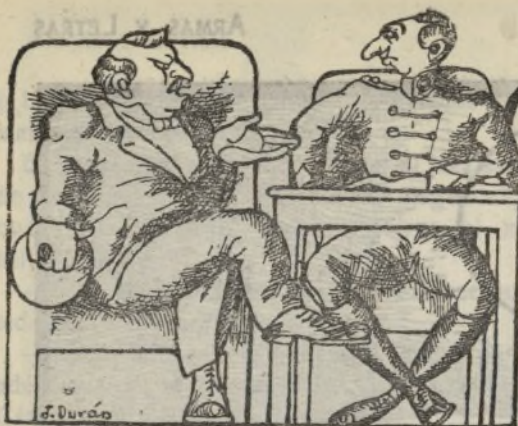


Y digo valientemente, no por la minucia del dinero, que bien sabía se me acabaría en una semana, sino porque en cuanto salí al campo vi ante mí la extensión del desierto.

No es que lo fuese en verdad, pues lo que veía era la «mesa de Ocaña», así llamada por la topografía y la abundancia del terreno; pero la impresión es tremenda para el pobre caminante que ha de ganar a pie tan dilatada llanura.

Ausencia total de árboles que den verdor y sombra al caldeado suelo, de aguas que lo rieguen y

(Continuará).



ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

Cómo se impresiona el crecimiento de una flor o de una mariposa en el cinematógrafo.

Para hacer cintas cinematográficas del desarrollo de una flor, desde su nacimiento hasta su madurez, hace falta bastante tiempo, aun cuando luego, en la proyección, no dura más de cinco minutos la vista.

Si, por ejemplo, se trata de una rosa, se opera del modo siguiente:

En cuanto empieza a aparecer el primer botón se impresiona la primera película, y desde entonces hasta que la flor se abre, se saca una fotografía cada diez minutos, tanto de día como de noche. El tiempo de exposición varía, como es natural, según la estación, el calor del invernadero, la especie de la flor, etc.; pero generalmente tres semanas son más que suficientes para llevar a cabo el trabajo. En todo ese tiempo se obtienen unas 2.400 fotografías, número no muy grande si se considera que la mayor parte de las vistas cinematográficas de objetos animados, constan de 10 ó 20.000 fotografías distintas.

Por la noche se impresionan los negativos por medio de arcos voltaicos.

Uno de los efectos más bonitos que se pueden conseguir con una máquina de fotografías cinematográficas, es el del nacimiento de la mariposa de una crisálida. Las películas hay que exponerlas con mucha más velocidad, puesto que la mariposa tarda muy poco tiempo (unos cuantos minutos) en desarrollarse desde el momento en que abandona el feo capullo.

Con el fin de obtener negativos detallados, se coloca la crisálida al aire libre, y se enfoca la máquina, esperando durante muchos días con gran cuidado a que se note algún ligero movimiento in-

dicador de que va a salir la hermosa prisionera. Antes de romperse realmente la crisálida, se toma una fotografía, y en cuanto la mariposa comienza a librarse de su encierro, se exponen muchas películas, con gran rapidez, aumentando la velocidad según se va soltando el insecto.

■ ■ ■

Los diez mandamientos de la esposa.

1.º No originarás la primera disputa, pero si es inevitable, lucha con valor. Salir victoriosa de la primera riña doméstica puede equivaler a elevarse en la opinión de tu marido, en lo futuro.

2.º No olvidarás que te has casado con un hombre y no con un dios. Por lo tanto, no te sorprendan sus fragilidades.

3.º No hables siempre de dinero a tu marido. Procura más bien arreglarte con lo que él te dé.

4.º Si crees que tu marido carece de corazón, recuerda que tiene un estómago. Apelando persistentemente a su estómago con manjares bien condimentados, te será, al cabo, más fácil tocarle al corazón.

5.º Una vez, de cuando en cuando, pero no muy a menudo, le dejarás la última palabra. Esto le lisonjeará y no te hará ningún daño.

6.º Los periódicos los leerás por entero, sin limitarte a las historias de sociedad y de escándalos. Tu marido se sorprenderá agradablemente al ver que puede hablar contigo de asuntos generales y hasta de política.

7.º No serás descortés aunque regañes con tu esposo. No olvides que en algunas ocasiones le creíste poco menos que un semi-dios.

8.º De vez en cuando permitirás que tu marido vea que sabe algo más que tú, reconociendo que no eres completamente infalible.

9.º Si tu esposo es inteligente, será su amiga; si no lo es, serás a un tiempo amiga y consejera.

10.º Estimarás a los parientes de tu marido, y especialmente a su madre. Ten presente que ella le amaba mucho tiempo antes que tú.